

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

UN DIABLO BAJO LA ALFOMBRA

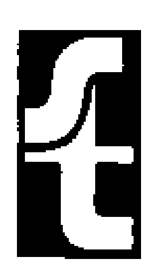
SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

CLARK CARRADOS

UN DIABLO BAJO LA ALFOMBRA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 435
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA —BOGOTÁ —BUENOS AIRES —CARACAS —MÉXICO

ISBN
84-02-02506-4

Depósito legal: B.

13.395 - 1981

Impreso en España

- *Printed in Spain*.

1ª edición en

España: junio, 1981

© Clark Carrados - 1981
texto

© F. Martín - 1981
cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto

exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona —1981

CAPÍTULO PRIMERO

La casa estaba brillantemente iluminada, lo que le sorprendió, porque tenía las llaves en el bolsillo y le habían asegurado que no había nadie en aquellos momentos. Además, parecía más grande de lo que había sabido por los informes adquiridos antes de tomarla en alquiler.

En alguna parte había un error, se dijo Hugo Ambrose, mientras acometía con el coche la última curva del camino que atravesaba aquel espeso bosque. Llegó a una amplia explanada y su sorpresa aumentó, porque había varios automóviles estacionados ante la casa.

Repentinamente, una puerta se abrió y dos personas, con las manos juntas, salieron corriendo y se perdieron en la oscuridad, riendo alegremente. Ambrose alcanzó a oír una significativa frase del hombre:

—Hace buen tiempo y en la casa hay demasiada gente...

Ella contestó con una alegre carcajada en la que, advirtió Ambrose, había un exceso de alcohol. Buscó un sitio para dejar el coche, se apeó y caminó hacia la puerta.

Al cruzar el umbral, se sintió acometido por una explosión de sonido. Era música.

—O lo parece —masculló.

Por todas partes se oían risas y voces. Una chica apareció en el vestíbulo, perseguida por un hombre apenas mayor que él. Vio a Ambrose y corrió a refugiarse en sus brazos.

—¡Sálvame del dragón, valiente caballero! —gritó.

Ambrose estuvo a punto de caer, aunque logró mantener el equilibrio.

—Yo también soy antropófago —dijo de buen humor.

Ella emitió un agudo chillido y volvió a correr, perseguida por el sujeto. Ambrose continuó su camino.

A través de una puerta abierta vio unas parejas que bailaban en un salón.

—Pero, ¿quién diablos ha tomado esta casa por asalto? Una joven descendió corriendo las escaleras.

—¿Dónde hay más bebida?—gritó.

De pronto, vio a Ambrose y le dirigió una cálida sonrisa.

—¿No has traído pareja?

—Pues... no...

—Busca por ahí, hombre, no te quedes parado como un poste. ¡Sobran chicas!

La joven se alejó, quizá, pensó Ambrose, el dueño había permitido aquella fiesta creyendo que no llegaría hasta el día siguiente. Bien, se dijo, debía ser tolerante. «Una noche se pasa de cualquier modo, y a fin de cuentas, aquí hay diversión», se dijo, resignado.

Abrió la puerta que había a la izquierda del zaguán. La luz cayó de lleno sobre una pareja situada en el diván.

—¡Fuera! —gruñó el hombre,

—Dispensen —murmuró Ambrose.

Volvió a cerrar. Sentíase perplejo y no sabía qué hacer. Una pareja pasó por su lado, sin mirarle siquiera.

—Pues si la casa está embrujada, nosotros vamos a echar a todos los fantasmas, ¿no te parece? —dijo la chica.

—A mí me gustan los fantasmas fritos. Y las mujeres crudas —tartajeó el hombre. Ambrose contuvo una sonrisa. Abrió una tercera puerta.

Había una joven que se estaba vistiendo. O cambiando de ropa. Sólo llevaba puestas las bragas y tenía el sostén en la mano.

—Hola —sonrió—. Un accidente, ¿sabes?

Ambrose sonrió también,

—Suele suceder —contestó.

—Se me rompió un tirante, no te vayas a creer. ¿Quieres abrocharme por detrás?

—No faltaría más.

La joven avanzó hacia Ambrose, sin preocuparse de que sus hermosos senos quedasen a la vista. Se colocó el sostén y giró en redondo, ofreciéndole una espalda de perfectas curvas.

—Me llamo Jenny Millford —dijo.

—Yo soy Hugo Ambrose. Encantado, Jenny. Ya está.

Jenny se inclinó y recogió un vestido que había sobre un sillón.

—Hugo, no te vayas a creer que he estado zorreando con alguno de esos tipos. Jimmy McBaird si quería, pero yo me negué. Entonces, quiso quitarme el vestido a la fuerza y yo tuve que ponerme seria,

—Lo comprendo.

—Una cosa es la diversión con unos amigos y otra... Bueno, si Jimmy no

me gusta, ¿por qué iba a acceder a acostarme con él?

—Claro, sólo debes acostarte con el hombre que te guste, Jenny.

Ella se había puesto ya el vestido y le miraba extrañada.

—No te lo creerás, pero no suelo hacer esas cosas —dijo.

—Eres muy dueña —sonrió Ambrose.

—Gracias. ¿Te invitó Zelyna Ruthermills?

—No conozco a esa dama, Jenny.

—Entonces, ¿quién te invitó...?

De pronto, se oyó un gruñido. Algo se movía en las inmediaciones de un sofá. Ambrose volvió los ojos y vio a un hombre que trataba de incorporarse.

—Es Jimmy —aclaró la chica—. Tuve que sacudirle fuerte, para que me dejase en paz. ¡Está borracho perdido! —añadió despectivamente.

Y salió de la estancia. Ambrose vaciló un poco y acabó por dar media vuelta.

Subió al primer piso. Había otro tocadiscos en alguna parte y su música parecía los bramidos de una manada de búfalos en estampida. Ambrose empezó a pensar en la conveniencia de volver al pueblo y tomar una habitación en el hotel, para descansar a gusto. No era aún demasiado tarde, las once de la noche, y al día siguiente no tenía prisa en levantarse. El pueblo estaba solamente a diez millas, veinte minutos de trayecto...

Abrió una puerta más. Alguien cambió el disco y los mugidos de los búfalos enfurecidos fueron sustituidos por un millón de tambores africanos golpeados con las patas por un millón de elefantes que emitían furiosos berridos con sus trompas.

En aquella habitación había una pareja, pero no estaban abrazados ni unidos en obscenas posturas. Simplemente, el uno frente a la otra, saltaban rítmicamente, golpeando el suelo ruidosamente con los pies.

Meneó la cabeza. Casi empezaba a dolerle. Sin embargo, decidió posponer unos minutos su regreso al pueblo. Quería conocer bien la casa en la que pensaba vivir una buena temporada.

Abrió la siguiente puerta. Al otro lado había una amplia estancia, con un gran lecho de estilo antiguo, una mesa de escritorio, una butaca y un par de sillas. Había también una chimenea, aunque estaba apagada en aquellos momentos.

Debía de ser el dormitorio principal, calculó. La cama tenía un dosel de terciopelo carmesí. Ambrose se sintió encantado de la decoración.

Repentinamente, oyó unos golpes.

Parpadeó, asombrado. Los golpes sonaban en el suelo y no había nadie más que él en la habitación.

* * *

Gran parte del suelo del dormitorio estaba cubierto por una vistosa alfombra, de dibujos sumamente raros, con una orla llena de caracteres arábigos. En el centro había una estrella de seis puntas, con numerosos adornos, que le parecieron signos cabalísticos.

Los golpes sonaban bajo la alfombra. Ambrose pensó que había alguien en el piso inferior, golpeando el techo con algún palo. Pero, no, la casa era de construcción muy antigua y un palo no produciría aquellos extraños ruidos, que parecían producirse en un lugar hueco.

Intrigado, levantó la alfombra por un pico. Entonces, inesperadamente, se alzó una trampilla y alguien apareció en la abertura.

Ambrose se quedó pasmado.

Había luz en aquel hueco, una luz entre rojiza y anaranjada, con vapores que se movían lentamente, formando volutas que se enroscaban continuamente sobre sí mismas. El hombre tenía un aspecto singular.

Parecía relativamente joven y llevaba bigote y barbita en punta, y estaba desnudo, al menos, de la cintura para arriba. En la frente y a ambos lados, tenía unas pequeñas protuberancias puntiagudas y con la mano izquierda sujetaba un tridente de aguzadas puntas.

«Debe de tratarse de un bromista, que se ha disfrazado de demonio», pensó.

—Hola —sonrió—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí —contestó el sujeto—. Mira a ver si encuentras al que ha organizado todo esto y dile que deje de hacer ruido. ¡Así no hay forma de trabajar!

—Lo comprendo, pero no sé quién ha organizado la fiesta...

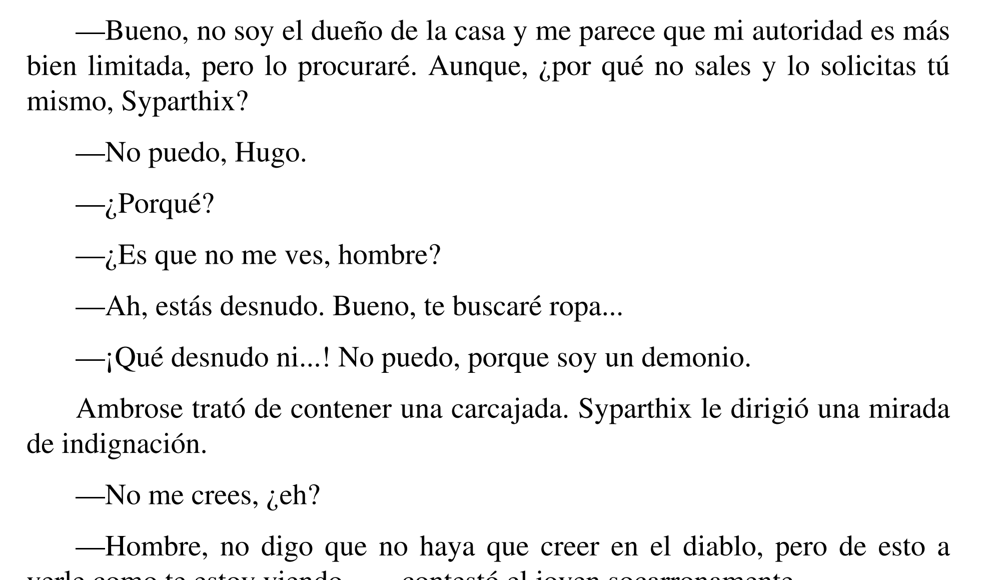
—¡Pues búscalo, hombre! Si esto sigue así, voy a acabar loco. ¡Vaya manera de hacer ruido!

—Es música moderna —sonrió Ambrose.

—Diríase que la hemos compuesto nosotros —refunfuñó el individuo.

—Sí, a veces parece como si el diablo hubiese escrito estos ruidos que parecen música. Me llamo Hugo Ambrose —se presentó.

—Yo soy Syparthix. Encantado, Hugo. ¿Harás que cesen los ruidos?



—Bueno, no soy el dueño de la casa y me parece que mi autoridad es más bien limitada, pero lo procuraré. Aunque, ¿por qué no sales y lo solicitas tú mismo, Syparthix?

—No puedo, Hugo.

—¿Porqué?

—¿Es que no me ves, hombre?

—Ah, estás desnudo. Bueno, te buscaré ropa...

—¡Qué desnudo ni...! No puedo, porque soy un demonio.

Ambrose trató de contener una carcajada. Syparthix le dirigió una mirada de indignación.

—No me crees, ¿eh?

—Hombre, no digo que no haya que creer en el diablo, pero de esto a verle como te estoy viendo... —contestó el joven socarronamente.

—Quizá debería fulminarte por tu incredulidad, pero hoy me siento generoso y, además, vas a librarme de estos molestísimos ruidos. En fin tengo que volver al trabajo. Ah, toma por la molestia...

Syparthix movió la mano derecha. Ambrose vio unas chispas doradas que revoloteaban en el aire. Luego, la trampilla se cerró y él quedó estupefacto, con una veintena de brillantes monedas de oro en la mano.

—¡Cielos! —exclamó.

La trampilla se abrió un instante.

—¡No pronuncies esa palabra! —gritó Syparthix vivamente encolerizado.

Ambrose abrió la boca. La alfombra volvió a su primitiva posición como si una mano invisible la hubiese empujado. Entonces sonó una voz en la puerta.

—¡Hugo! ¿Con quién estabas hablando?

Ambrose se volvió. Jenny estaba en el umbral, mirándole con ojos de asombro.

—Eh... ¿Cómo? —Ambrose estaba todavía desconcertado—. Yo...

—Sí, he oído voces cuando pasaba por aquí. Pero ahora ya no veo a nadie,

—Es... Bueno, no te lo vas a creer—le enseñó las monedas—. Dijo que era el demonio.

Jenny se echó a reír.

—Tienes un humor magnífico. Hugo —contestó—. ¿Eres coleccionista de

monedas?

Ambrose bajó la vista. Los brillantes discos áureos estaban, sobre sus manos. Jenny se acercó, tomó una moneda y la examinó atentamente.

—¡Caramba, son del siglo pasado! —exclamó.

—Sí, de veinte dólares. Hay veinte, de modo que tengo cuatrocientos dólares. Syphartix me las dio por molestarme en pedir que cesara el ruido.

—¿Syphartix? ¿Quién es ese tipo? Yo no he invitado a nadie que se llame así—dijo Jenny.

—Está debajo de la alfombra. Jenny le miró oblicuamente.

—No pareces bebido, y sin embargo, hablas como si estuvieses borracho. ¡Un diablo bajo la alfombra! Divertido, de veras.

—Bueno, pues si no me crees, ¿por qué no lo compruebas tú misma?

Ella se puso las manos en los costados.

—Hugo, ¿qué haces en esta casa? Perdona la indiscreción, pero yo no te conocía hasta hoy. Dime, ¿quién te ha invitado?

—Nadie. Yo alquilé esta casa. Pienso pasar en ella una temporada.

—¿Alquilar la casa? Tú estás loco o te han timado: La casa es mía y no está en alquiler —aseguró Jenny rotundamente.

—Eso no es posible —rezongó Ambrose.

—¿Vas a llamarme mentirosa?

—Espera... Tal vez se trate de una confusión...

Ambrose no pudo continuar. Un agudísimo chillido llegó de repente desde la planta baja, un grito que expresaba un terror sin límites, el pánico producido por una visión horripilante.

Jenny volvió la cabeza un instante. El grito se repitió y, casi en el acto, sonó otro aún más estridente.

—Algo está pasando —dijo, alarmada.

Y se lanzó hacia el corredor.

Ambrose vaciló un segundo y luego, guardando las monedas en los bolsillos, echó a correr tras la muchacha.

Descendió a saltos las escaleras. Al llegar a la planta baja, vio un grupo de gente frente a una puerta abierta de par en par.

Una chica estaba desmayada en el suelo y su acompañante trataba de hacerla volver en sí. Ambrose vio que Jenny se abría paso entre los curiosos, para retroceder segundos después, presa de incontenibles náuseas.

—¿Qué diablos pasa aquí? —gruñó.

Apartó a los curiosos y llegó al umbral. Entonces vio algo que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

La muchacha, completamente desnuda, estaba clavada a la pared, como una mariposa. Una espada atravesaba su pecho y se hundía profundamente en la madera del panel que cubría el muro de piedra. Los brazos estaban extendidos en cruz, sujetos por sendos puñales que atravesaban sus muñecas. En las rodillas, un poco más arriba de la articulación, se veían otros dos cuchillos, también hincados en la madera. La sangre corría a raudales y chorreaba al suelo, sobre el que, boca abajo, yacía un hombre inmóvil, completamente inmóvil.

Ambrose sintió que se le revolvía el estómago, pero, más sereno que ninguno, fue el primero en reaccionar.

—¿Dónde hay un teléfono? ¡Es preciso avisar a la Policía inmediatamente! —exclamó.

CAPÍTULO II

Llamaron a la puerta. Ambrose dejó el micrófono a un lado, apagó la grabadora y se levantó para abrir. Al girar la puerta, vio a Jenny en el umbral.

—¿Puedo pasar? —solicitó la chica.

—Claro —accedió él—. Entra, te haré una taza de café.

Jenny vestía un sencillo traje de color amarillo pálido, de manga corta, con zapatos de medio tacón. El pelo, castaño rojizo, estaba sujeto por una ancha banda del mismo color que el vestido.

—Siéntate, volveré en seguida —dijo él.

Ambrose fue a la cocina y volvió a poco con una bandeja. Durante unos minutos, guardaron silencio. Luego, ella lanzó una mirada a la estancia.

—De modo que aquí es donde trabajas —dijo al fin.

—Sí. Encontré el lugar adecuado, aunque aquella noche, por desconocer el terreno, me equivoqué y fui a parar a tu casa.

—Era de noche y no tuvo nada de particular que te perdieses. También a mí me ha pasado en más de una ocasión. Hay que tomar la bifurcación que hay a seis millas del pueblo, a la izquierda. No se ve mucho y hasta, a veces, incluso de día, puede uno pasar de largo.

—Ahora ya no me perdería —sonrió él—. Pero yo creí que te habrías vuelto a Boston.

—No podía estar allí. La prensa me acosaba continuamente. Imagínate, soy la dueña de la casa, donde se celebraba una orgía que terminó con un sacrificio humano.

—Entonces, ¿has vuelto a Shepperd Hall?

—No. He tomado otra casa en alquiler. Está muy cerca de la tuya, a media milla escasa. Necesito un poco de tranquilidad, debo aislarme una buena temporada, hasta que se haya pasado todo, Aunque luego vendrá el proceso y los periódicos volverán a escandalizar a la gente.

—No hay manera de evitarlo —Ambrose empezó a cargar su pipa—. Si no te importa que fume...

Jenny sonrió.

—Creo que es la primera vez que me lo piden en mi vida—dijo—. ¿Trabajas mucho? —inquirió, con la vista fija en la mesa rebosante de libros, papeles y cuadernos de apuntes.

—Bastante. Me gustaría tener el libro terminado para el próximo otoño.

—Ah, un libro...

—Sí, pero no te hagas ilusiones; no es una novela. Se trata de una serie de ensayos filosóficos sobre la sociología actual; un tema muy aburrido para los no interesados en la materia. En fin, esta tarea será la culminación de cinco años, de recopilación de datos de todas clases, que he de resumir y criticar en mi libro. Confío en que sea un éxito... en los círculos interesados.

—Será un éxito —vaticinó ella—. Aunque, me imagino, lo que ocurrió en Shepperd Hall puede proporcionarte tema para un fragmento de tu libro. También eso es sociología, ¿no?

Ambrose se reclinó en el sillón, con la pipa en la mano izquierda.

—Es un crimen extraño —dijo—. ¿Cómo es que nadie vio lo que sucedía? Nadie supo nada de la mujer que estaba clavada a la pared, hasta que una pareja decidió utilizar aquel cuarto para sus expansiones amorosas...

—Hay cosas raras en este asunto —admitió Jenny— Yo había decidido dar una fiesta para celebrar mi cumpleaños. Invité a las amistades más conspicuas; no más de veinte personas en total. A todos y a todas los conocía perfectamente. Pero si quieres que te diga la verdad, no había visto a aquella pareja hasta la noche de la fiesta.

—¿Hablas en serio?

—¡Y tanto! Lonnie Rafferty y Mel Comstock se presentaron apenas una hora antes que tú. La fiesta empezaba ya a animarse y yo no me preocupé apenas de ellos, pensando en que habrían sido invitados por algunos de mis amigos. Así lo declaré a la Policía, Hugo.

La pipa fue a parar a los dientes de su dueño.

—Hay una cosa que me llama la atención —dijo Ambrose—. Tú celebrabas tu cumpleaños... ¿cuántos, Jenny?

—Veintidós, Hugo.

—Muy bien. Tus amigas son más o menos de tu misma edad. Los amigos varones son algo mayores. Podemos afirmar, sin temor a errar demasiado, que la media de edad femenina es de veintidós años y la de los hombres de veinticinco. ¿No es así?

—Cierto—convino ella.

Lonnie Rafferty, la muerta, tenía treinta y un años, aun que es preciso admitir que era verdaderamente hermosa, Comstock, ahora preso, acusado de un crimen bestial, tiene treinta y seis años. No son edades para asistir a una fiesta como la tuya, aunque pudieran haber sido invitados realmente por otro de los invitados. Se presentaron en tu casa y tú no los conocías.

—Es lo que me extraña, Hugo.

—Sí, resulta raro. Pero si no los conocías, ¿cómo supieron que tú estabas celebrando tu cumpleaños? Alguien se lo diría, ¿no?

—No sé quién...

—Convendría averiguarlo. Jenny, tengo la sensación de que esa pareja fue a Shepperd Hall para algo más que divertirse en una fiesta privada.

—Es posible que tengas razón —Jenny esbozó una sonrisa—. De todos modos, tú no puedes quejarte de la equivocación. Te ganaste cuatrocientos dólares en oro.

—Más, porque el valor de las monedas es muy superior, dada su antigüedad. Además, fueron acuñadas por la casa «Clark & Gruber», en Colorado, antes de que el gobierno federal se arrogara la exclusiva de la emisión, de moneda. Y tenían una proporción de oro superior a las acuñadas por el propio gobierno.

—Fue una buena propina, por procurar silencio a un diablo, ¿verdad?

—Tú no te lo has creído aún —dijo él.

—No. No creo en los diablos bajo la alfombra.

—Bajo la alfombra hay una trampilla. Yo lo vi.

Hubo un momento de silencio. Luego, Jenny dijo:

—Hugo, he estado pensando mucho en lo que me contaste. La verdad es que no me he atrevido todavía a volver a Shepperd Hall.

—Me parece que adivino tus intenciones. Quieres que te acompañe.

—Si pudieras... Pero tienes trabajo...

Ambrose golpeó la pipa contra un cenicero, la dejó a un lado y se puso en pie.

—Tengo trabajo, pero no me mato —contestó—. Cuando me canso, salgo a dar un paseo. Los alrededores son muy hermosos y me gusta caminar sin prisas por el campo. Eso me «lava» el cerebro y me deja como nuevo para continuar mi tarea.

—Tengo mi coche afuera —dijo Jenny.

—Iremos a pie, por el atajo. Es cuestión de dos millas escasas. Viene el buen tiempo y da gusto disfrutar de la naturaleza en primavera. Sospecho que tú estás acostumbrada más al cemento de la ciudad que al verdor de los campos. ¿O no?

Jenny suspiró.

—En gran parte, tienes razón —contestó—. Vamos, cuando quieras,

Hugo.

***

La casa se alzaba solitaria sobre el cerro, una de cuyas laderas era un escarpado de casi cuarenta metros de altura, en cuya base se enroscaba un arroyo de aguas chispeantes. Ambrose y Jenny remontaron la pendiente Oeste, no demasiado empinada, y llegaron a la explanada. Ella sacó la llave del bolso.

—La casa pertenecía a mi abuelo, que fue quien hizo la fortuna de la familia —explicó mientras abría—. La verdad es que yo no vengo demasiado por aquí, aunque tenemos contratados un matrimonio que acude una vez por semana para tener todo en orden.

—¿Tenemos? ¿Quiénes?

—Billy, mi hermano pequeño, y yo. Billy está en el colegio, interno; sólo tiene once años, la mitad de mi edad. Nuestros padres murieron hace casi dos años.

—Lo siento, Jenny.

Cruzaron el umbral. Ya había desaparecido todo rastro de la fiesta, que había tenido un final tan trágico. A fin de cuentas, habían transcurrido ya dos semanas desde entonces.

—El dormitorio donde viste a Syphartix era el del abuelo—dijo ella.

—No te pongas irónica. Vi a Syphartix y hablé con él y me dio veinte monedas de oro. Ahora bien, admito que no sea un diablo, aunque sí un ser de carne y hueso. Pero aguarda un momento; antes quiero ver una cosa.

Ambrose giró a su izquierda y se metió en la habitación del crimen, de la que habían desaparecido todas las huellas del horrible suceso, excepto las marcas de las armas clavadas en la pared, después de traspasar las carnes de la víctima. Llegó a aquel sitio y contempló la madera pensativamente durante algunos momentos.

—¿Se te ocurre alguna idea, Hugo? —preguntó ella.

—Estaba pensando en el crimen. Comstock declaró que él no había visto ni oído nada, que alguien le atacó por detrás, privándole del sentido, y que entonces fue cuando debieron de asesinar a Lonnie.

—Exacto, eso es lo que declaró.

— Pero también dijo algo más; estaban vestidos cuando se produjo el supuesto ataque. No se habían escondido en la habitación para hacerse el amor. Los desnudaron después de que fuesen atacados.

—¿Encuentras algo raro en esa declaración, Hugo?

Ambrose se separó de la pared, fue a la puerta y contempló la cerradura.

—Ellos no te conocían y, es de suponer, no conocían tampoco la casa. ¿A qué vinieron a esta habitación?

—No tengo la menor idea, aunque Comstock sí debe conocer la respuesta.

—Verás, Jenny. Atacar a una persona por sorpresa y matarla de una puñalada es cosa de segundos. Pero atacar a dos personas, desnudarlas y clavar a la pared a una de ellas, es una serie de acciones que requieren bastante tiempo. La llave está en la cerradura, o que significa que el atacante, suponiendo cierta la inocencia de Comstock. Cerró por dentro y luego ejecutó su macabra tarea.

—Y al terminar, abrió y se fue...

—No lo hizo ninguno de los invitados, Jenny —dijo Ambrose incisivamente.

Ella se estremeció.

—¿Quieres decir que fue alguien ajeno a la fiesta?

El joven movió la cabeza varias veces.

—Y, tal vez, ni siquiera usó esta puerta para entrar y salir de la habitación —dijo.

—Entonces, un pasadizo secreto...

—Sí, Jenny.

—No sabía que lo hubiera, pero podemos empezar a buscarlo inmediatamente —dijo la chica, muy excitada.

—Aguarda un poco. Quizá yo sé dónde está una de las entradas de ese pasadizo.

—¿Donde, Hugo?

—Arriba, en el dormitorio del abuelo.

Ella le miraba fijamente. De súbito, agarró su mano y tirando de él echó a correr hacia él piso superior.

CAPÍTULO III

La alfombra quedó a un lado. Ambrose y Jenny contemplaron las líneas, que formaban el cuadrado de la trampilla de casi un metro de lado. Ella meneó la cabeza.

—Jamás tuve la menor noticia de la existencia de este pasadizo —aseguró.

—Bueno, vamos a ver qué hay abajo, ¿no?

Empotrada en fas gruesas tablas de la trampilla, de modo que no sobresaliera reveladoramente había una anilla de hierro. Ambrose se inclinó y la asió, pero en lugar de tirar de ella se incorporó un poco e hizo la señal de la cruz.

—Por si es cieno que Syphartix está ahí abajo —sonrió. Levantó la trampilla y un negro hueco quedó al descubierto. Olor a humedad brotó inmediatamente del orificio, de cuyo interior no se percibían detalles.

—Sera mejor que busque una linterna —sugirió Jenny.

— Muy bien, te aguardo aquí.

Jenny se marchó. Ambrose sacó la pipa y la bolsa del tabaco, pero rectificó en el acto y volvió a guardar ambas cosas.

Bruscamente, sonó un agudo chillido en la planta baja. Era la voz de Jenny y denotaba terror.

Ambrose se precipitó hacia el corredor, alcanzó la escalera y descendió a grandes saltos.

Jenny salía en aquel momento de la cocina, presa de un ataque de pánico.

—Oh. Hugo.. Le he visto:.. Una cara horrible... Abrí una alacena, donde se guardan algunos objetos y herramientas... Él estaba al otro lado, mirándome con ojos que parecían de fuego...

—Vamos, acompáñame —dijo él.

—Tendrías que llevar un arma. Puede atacarte... atacarme a mí. Alargó sus manos hacia mi cuello... manos espantosas, con garras como las de una fiera...

—Sí, tienes razón —convino Ambrose.

Fue al salón y cogió el atizador de la chimenea.

—Esto puede hacer mucho daño —dijo.

Avanzó hacia la cocina. Desde la entrada, ella le señaló una de las

alacenas, situada a metro y medio del suelo.

—Es ésa, Hugo.

Ambrose abrió la puerta y dirigió la mirada al interior. Al cabo de unos segundos, se volvió hacia la chica.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

—Yo estoy viendo una pequeña sierra, tijeras de cortar pescado, unos alicates, dos ovillos de cuerda, de distinto grueso, un par de linternas... —alargó la mano y golpeó el fondo de la alacena—. Y no hay una puerta secreta, porque no suena a hueco.

—Hugo, te juro que no he sufrido jamás de alucinaciones, que no he probado las drogas en mi vida, ni siquiera barbitúricos para dormir, que me he emborrachado sólo un par de veces... En fin, puedo tener mis defectos, como cada cual, pero disfruto de una salud perfecta, tanto en lo físico como en lo mental. Por tanto, si te digo que he visto esa horrible cara, es que la he visto.

La voz de Jenny tenía una firmeza que Ambrose no podía desconocer. Al cabo de unos segundos de indecisión, examinó las restantes alacenas, sin encontrar ninguna puerta secreta.

Pero como debía dar crédito a la chica, pensó que tal vez dicha puerta era muy gruesa, lo cual, lógicamente, evitaba el sonido a hueco.

Y, en todo caso, no podía abrirla desde allí, porque desconocía el procedimiento.

—Muy bien —dijo al cabo—. Jenny, tranquilízate. Vamos a ver si podemos entrar en ese pasadizo por otro sitio.

Ella asintió y se dejó llevar por el joven. Cuando estaban a mitad de la escalera, Jenny se volvió hacia Ambrose.

—Hugo, acabo de recordar algo que puede ser interesante. Ni siquiera lo sabe la Policía, porque no lo dije cuando me interrogaron.

—¿De veras es interesante?

Ya sabes que Lonnie y Mel se presentaron aquí, sin que yo los conociera, digamos autoinvitándose, aunque acepté su presencia con agrado. Me parecieron amables, simpáticos, correctos y, si bien pensaba que desentonaban un poco por la diferencia de edad, tampoco iba a echarles a la calle y no eran precisamente lo que se dice unos venerables ancianos.

—Sí, muy bien, pero, por favor, continúa.

—Fue algo que escuché más tarde, de pasada, a alguien que no hablaba conmigo. Era uno de los hombres y conversaba con una chica. Ella le había

preguntado, según parece, por Lonnie y Mel, y él contestó que los conocía desde hacía tiempo, les había hablado de la fiesta y ellos habían aceptado la sugerencia de acudir a divertirse un poco.

—Entonces, alguien los invitó, ya no cabe duda. ¿.Conoces el nombre?

—Los dos nombres. Ella era Marney Sullivan y él Simon Wheard.

—Es una lástima que no lo tengamos a mano; quizá podría decirnos algo importante. ¿Sabes dónde vive?

—Sí, Hugo.

—Quizá le haga una visita... pero, por ahora, mejor será que sigamos buscando el pasadizo.

Continuaron subiendo y llegaron al dormitorio. Ambrose empujó la puerta y dejó que la muchacha pasara primero. Cuando reanudó la marcha, tropezó con la espalda de Jenny que aparecía inmóvil a pocos pasos del umbral.

—Eh, ¿qué te sucede? —exclamó.

Ella tendió una mano hacia la alfombra, que se veía de nuevo en su sitio, cubriendo el lugar donde se hallaba la trampilla.

— Hugo, ¿lo has hecho tú?

—No, Cuando te oí gritar, salí corriendo, disparado... ¡Espera, dejé la puerta abierta y también estaba cerrada cuando regresamos!

Jenny se apretó contra el joven.

—Alguien ha estado aquí —murmuró.

Ambrose estuvo inmóvil unos segundos. Luego, de pronto, se agachó, levantó la alfombra, lanzándola a un lado, y dejó la trampilla al descubierto.

Agarró la anilla, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. La trampilla no se movió un centímetro.

—Está cerrada por dentro —exclamó.

Jenny le agarró por un brazo como crispada.

—¡Hugo, vámonos! —dijo—. Empiezo a sentir miedo... No quiero permanecer aquí por más tiempo... ¡Vámonos, vámonos!

Ambrose hizo un gesto de aquiescencia. La actitud de Jenny era perfectamente comprensible. Ella había sufrido un fuerte «shock» al ver a Lonnie Rafferty clavada en la pared y ahora aquella serie de enigmas estaban a punto de provocar una crisis nerviosa, que no podría hacerle ningún bien.

«Pero yo volveré solo otro día», se propuso, mientras, sosteniendo a la muchacha por un brazo, se encaminaba en busca de la salida.

***

Al día siguiente, Ambrose fue al pueblo, con el pretexto, justificado por otra parte, de reponer provisiones. Hizo sus compras en el supermercado y luego, en el mismo coche, viajó hasta una casita situada en las afueras.

Allí vivía el matrimonio que atendía Shepperd Hall un par de veces por semana. Ambrose llamó a la puerta y, pocos segundos más tarde, se encontraba ante una mujer de mediana edad, regordeta, de rostro redondo y expresión llena de amabilidad y simpatía.

—¿Señora Immes?

—Sí —dijo ella.

—Soy el profesor Ambrose y estoy residiendo por una temporada en la casa que hay al Sur de Blue Wood. No sé si habrá oído hablar de mí, pero estuve en Shepperd Hall el día en que se cometió aquel espantoso crimen.

—Oh, sí, ahora recuerdo su nombre... ¿No quiere pasar, profesor?

—Gracias, pero voy a ser muy breve y sólo quiero hacerle un par de pregustas, señora Immes.

—Todos me llaman Peggy —sonrió ella.

—De acuerdo, Peggy. Por favor, dígame, ¿hace mucho tiempo que usted y su esposo se cuidan de Shepperd Hall?

—Oh, casi veinte años. Todavía vivía el abuelo de la señorita Jenny, que fue quien nos contrató. Un hombre muy agradable, todo sea dicho, aunque tuviera su genio.

—Todos lo tenemos, Peggy. En tanto tiempo que llevan cuidando de la casa, ¿no han encontrado nunca un pasadizo secreto?

Peggy alzó las cejas.

—¿Un pasadizo secreto —repitió—. En absoluto, profesor. Ni Hankey, mi marido, ni yo, hemos visto jamás nada semejante en Shepperd Hall. Ni creo que lo haya, se lo digo sinceramente.

Ambrose sonrió,

—Muchas gracias, Peggy, eso es todo, Buenos días.

Giró sobre sus talones y regreso a su coche. Apoyado en el guardabarros delantero, había un hombre de unos cincuenta y tantos años, vestido pobremente, con barba de una semana y con, una colilla apagada colgada de la comisura de su boca. Ambrose le miró un instante y luego abrió la portezuela del coche, a fin de que el sujeto viese que le pertenecía y se

apartase, para permitirle arrancar sin dificultad.

Pero el tipo permaneció inmóvil. Sonreía de un modo peculiar y Ambrose empezó a preguntarse si no quería hacerle objeto de una provocación.

—Soy el dueño de este coche —dijo con gran energía—. Voy a salir y no querría causarle ningún daño... involuntariamente —añadió.

—Oh, dispénseme, profesor, no me había dado cuenta... Perdone, pero es que estaba distraído, pensando en lo que sucedió en la casa del viejo pirata que fue Abner Fullerton Miltford. El abuelo de la chica, ya me entiende usted.

Ambrose hizo un fruncimiento de cejas.

—Parece que me conoce —observó—. ¿Quién es usted?

—Migty Cates, profesor. Hubo un tiempo en que trabajé para el viejo Miltford en Shepperd Hall, aunque de eso hace ya muchos años. Ahora ando mal de fondos y... Bueno, quizá a usted le convendrían ciertos informes, que yo podría proporcionarle a cambio de... dinero, claro.

—Señor Cates, si sabe algo acerca de lo ocurrido en Shepperd Hall, ¿por qué no se lo dice a la policía?

El hombre le guiñó un ojo.

—No me darían dinero, aunque tampoco pido mucho —contestó desenfadadamente.

—Yo no soy un hombre rico. Si quiere decirme algo, dígalo y si no, por favor, déjeme marchar.

—Espere —rogó Cates con gran vehemencia—. ¿No puede disponer siquiera de diez dólares? No se arruinará por tan gran cantidad, ¿eh?

Ambrose vaciló un instante, pero acabó por ceder y metió la mano en el bolsillo.

Cuando ya sacaba los billetes, oyó una voz estridente:

—¡Maldito Migty! ¿Qué haces ahí, sacando dinero a los forasteros incautos? Lárgate inmediatamente si no quieres que llame al *sheriff* Rance y le diga que te encierre por ejercer la mendicidad.

Cates se enderezó, mascullando un sordo juramento. Ambrose, sorprendido, se volvió. Un hombre avanzaba a lo largo de la acera a grandes zancadas, con la cólera pintada en su rostro, ya de por sí encarnado y ahora al borde de la congestión.

—Oiga, ¿quién es usted? —preguntó el joven no menos irritado—. ¿Qué demonios le importa a usted lo que tiene que decirme esté hombre?

—Soy Hankey Immes, profesor —contestó el sujeto—. Y aunque apenas

le conozco a usted más que de nombre, en cambio sí conozco a este desaprensivo, capaz de contarle la historia más absurda, a cambio de unos pocos dólares para licor. ¡Largo, Migty; vete de aquí y procura que no vuelva a verte merodeando por mi casa!

—El diablo te lleve, Hankey —rezongo Cates—. Ojalá te hierva un día en una de sus calderas, especie de...

Immes era un cincuentón, pero todavía robusto y bastante mejor conservado que Cates.

Levantó el puño y Cates retrocedió, amedrentado.

—¡Fuera, cerdo!

Cates lanzó un escupitajo a los pies de Immes y retrocedió más que a la carrera. Luego, el segundo se encaró con Ambrose.

—Disculpe mi actitud, profesor, pero con un tipo como Cates no se puede actuar de otra manera. Si le escuchase, acabaría dejándose convencer por sus fábulas. No pierda su dinero en vano, créame.

—Si usted lo dice... —sonrió el joven.

—Sí, es la pura verdad.

—Bueno, en tal caso, no hay más que dejarlo. Pero, ¿cómo me ha conocido?

—Publicaron una fotografía suya después de lo que pasó en Shepperd Hall. Además, su presencia en el pueblo es conocida y he visto a un forastero en la puerta de mi casa...

—No cabe duda; sabe establecer conclusiones. Estuve hablando con su esposa y me facilitó algunos datos interesantes. Gracias, señor Immes.

—Hankey para usted, profesor —contestó el hombre.

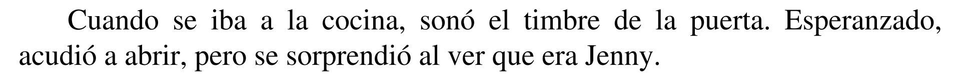
Ambrose se metió en el coche. Al arrancar, agitó levemente una mano, Immes le dirigió una amistosa sonrisa. Pero, le pareció, había algo falso detrás de la expresión.

El coche se separó de la acera. Cien metros más adelante, Ambrose divisó a Cates caminando junto al bordillo, haciendo equilibrios como los chicos al andar por encima de un carril de la vía del tren. El hombre hizo un amplio ademán y gritó:

—¡A pesar de todo, iré a verle, profesor!

Ambrose hizo un movimiento de cabeza. Aceleró ligeramente y salió de la ciudad en busca del camino que le conduciría a su casa.

CAPÍTULO IV



Cuando se iba a la cocina, sonó el timbre de la puerta. Esperanzado, acudió a abrir, pero se sorprendió al ver que era Jenny.

—Pasa —dijo—. Precisamente ahora iba a empezar a hacerme la cena. ¿Quieres acompañarme?

—¿No seré una molestia para ti?

—En absoluto, al contrario, una agradable compañía.

—Gracias, Hugo.

Ella dejó el bolso sobre el diván y se atusó los cabellos con un gesto lleno de gracia y naturalidad. Ahora, contemplada en aquellas circunstancias, resultaba infinitamente más agradable que la chica sofisticada, pero también demasiado desenvuelta a la que había conocido la noche de la fiesta de cumpleaños.

—¿Qué tienes para cenar? —preguntó ella.

—Verduras congeladas, carne, patatas y fruta. También café y luego una copita de vino dulce, si te apetece.

—Es un menú estupendo. ¿Me dejas ayudarte?

—Claro.

Ambrose adivinó que la muchacha estaba preocupada por algún motivo que no alcanzaba a comprender por el momento. Ya se explayaría ella por sí misma, pensó. Y, para conseguir que lo hiciera, dijo:

—¿Sabes? He pensado viajar a Boston.

—¿Para qué? —se sorprendió ella.

—Lonnie y Comstock fueron a tu fiesta, invitados por dos de tus amigos. Quiero interrogarles en persona, separados, naturalmente.

—Hugo, yo creía que tú eras sociólogo y no detective —dijo ella.

—No soy detective, pero este caso tiene aspectos sociológicos muy interesantes para mí. A fin de cuentas, soy investigador de esa ciencia y lo que sucedió en tu casa, aunque algunos periódicos lo calificaran de «final de una orgía de drogas y sexo», no deja de tener ciertas connotaciones sociológicas, que a mí me interesa estudiar.

—No hubo drogas en la fiesta —protestó Jenny acaloradamente—. Es algo que siempre he detestado... Mira, cada vez que he asistido a una fiesta y me he enterado de que alguno consumía drogas, me he marchado

inmediatamente. Mis amigos lo saben y ninguno de ellos se hubiera atrevido a traer siguiera un cigarrillo de «hierba».

—Pero algunas parejas se... desmandaron —dijo Ambrose.

—Bueno, eso es algo que no siempre se puede evitar. Todos éramos jóvenes y... Yo no hice nada, ¿eh? Te lo advierto de antemano, aunque ya sé que me pillaste en una situación nada agradable.

—Aquel tipo te rompió la ropa —sonrió él.

—Y yo tenía una copa de más en el cuerpo, pero eso era todo.

Hablaban sin dejar de trastear en la cocina. Ambrose hizo una pausa, buscó una botella de whisky y puso dos dedos en sendos vasos.

—Un trago siempre entona —dijo.

Ella aceptó la invitación. Luego le miró fijamente.

—Estoy preocupada —declaró.

—Lo sabía. ¿Por qué?

—¿Se me nota en la cara?

—Un poco. Además, la hora no es la más apropiada para hacer una visita a un hombre que se supone está inmerso en su trabajo. Si no estuvieses verdaderamente preocupada, no te habrías atrevido a hacer una cosa así.

—Es cierto. Hugo, he estado hablando con el sheriff Rance. Me dijo que los antecedentes de Comstock no tienen nada de buenos, aunque en estos momentos no había pruebas de otros delitos. No entiendo cómo dos de mis amigos pudieron relacionarse con semejante individuo.

—Para averiguar eso, precisamente, voy a viajar yo a Boston, Jenny.

—¿Cuándo, Hugo?

—No lo sé. Mañana, pasado tal vez... Antes quiero hablar con un tipo que trabajó para tu abuelo Abner. Perdona la franqueza, pero lo calificó de viejo pirata.

—El abuelo Abner ganó mucho dinero y eso es algo que muchos no perdonan fácilmente —respondió Jenny, picada.

—Hay muchas formas de progresar, independientemente de la opinión de los demás.

Los envidiosos, ciertamente, existen, aunque uno gane dinero legalmente.

—No irás a insinuar que mi abuelo consiguió su fortuna con malas artes.

—¿Cómo voy a insinuar una opinión sobre algo que desconozco? —Ambrose señaló la cocina con el mentón—. Cuidado, se van a quemar las

chuletas.

Jenny dejó el vaso a un lado y se acercó al horno...

—Hugo, ¿puedo acompañarte a Boston? — consultó.

—No.

—¿Por qué?

—Prefiero ir solo. A ti te conocen demasiado. No quiero soportar el acoso de periodistas y...

Ambrose se interrumpió. El timbre de la puerta acababa de sonar.

—Perdona —se disculpó.

Abrió la puerta instantes después y se sintió muy aliviado al reconocer a su visitante.

—Pase, Migty.

* * *

Cates apuró el contenido de su vaso de un solo trago y alargó la mano para que Ambrose se lo llenara de nuevo. Ambrose, sin embargo, puso solamente una tercera parte, lo que motivó una mueca de desilusión en el rostro del individuo:

—Está bien, ya me lo dará al final —dijo Cates—. Sí, trabajé muchos años para el viejo pirata. No supe jamás todo lo que se hacía en Shepperd Hall y quizá lo que llegué a saber fue sólo la décima parte de la realidad. Pero Abner Miltford tenía allí una fábrica de dinero.

—¿Moneda falsa? —preguntó Ambrose.

Cates soltó una risita.

—Una destilería de alcohol.

—Entiendo. Pero eso sucedió ya hace muchos años, cuando la ley seca, creo.

—Abner continuó con el oficio mucho después. Una destilería clandestina rinde mucho, si no se pagan impuestos al gobierno. Además, y éste es su mérito, él elaboraba un licor magnífico, por lo que le faltaba tiempo para atender los pedidos.

—Aun así, eso no es para hacerse inmensamente rico.

—Lo sé, y eso es lo que siempre me ha intrigado. Abner ganó muchísimo dinero, pero jamás llegué a averiguar el procedimiento. Puede que, en efecto, fabricase moneda falsa. O sea, de honrado, muy poco, usted me entiende,

profesor.

Cates alargó el vaso vacío nuevamente. Ambrose atrajo la botella hacia sí.

—Espere todavía —dijo—. ¿Conoce bien Shepperd Hall?

—Como la palma de la mano —respondió Cates con suficiencia.

—¿Hay pasadizos secretos?

—Claro que sí. Parece un queso agujereado por dentro o una termitera. Allí se puede perder una persona, si no se conoce bien la ruta o se tiene un plano... —de pronto. Cates se pegó una palmada en la frente—. ¡Maldita sea, yo tengo un plano en mi casa!

—Iré mañana a pedírselo —dijo el joven—. ¿Cuánto quiere por él?

Cates le miró maliciosamente.

—Todo lo más que pueda pagar, profesor.

—¿Cien dólares? —la voz de Jenny sonó repentinamente en la puerta que comunicaba con la cocina y Cates se puso precipitadamente en pie.

—¡Señorita Jenny! No sabía que estuviera aquí...

—Lo he escuchado casi todo desde detrás de la puerta. Me dispensas, ¿verdad, Hugo?

Ambrose contestó con un ademán de benevolencia. Luego miró al visitante.

—Migty, le han hecho una oferta —dijo.

Cates ladeó la boca.

—Me parece poco —contestó.

—Bueno, fije la cifra usted mismo —indicó Jenny.

—Mil dólares, señorita.

Ella vacilo un instante.

—De acuerdo. Mañana iremos el profesor y yo a su casa y le entregaré el dinero. Pero no trate de burlarse de nosotros, no nos dé un plano falso. Le aseguro que le costaría caro.

—Es la copia del que tenía su abuelo en su escritorio. Lo vi un día y se me ocurrió que podría servirme a mí —explicó Cates.

—Migty, usted ha dicho que el Señor Miltford hacía cosas que nunca pudo saber. Si es así, tuvo que hacerlas en alguno de los pasadizos secretos. ¿Cómo es que usted no lo vio entonces? —preguntó Ambrose.

—Bueno, hice la copia casi en los últimos tiempos... Ya no pude recorrer

bien todos los pasadizos, aparte de que nunca me había atrevido a hacerlo, temeroso de perderme. Buscaba la ocasión de hacerlo sin riesgos, pero el señor Miltford murió, se cerró la casa, me despidieron... y ya no tenía objeto meter la nariz en la termitera.

—Lo que sucede es que ya no había nadie a quien pedir dinero por callar, ¿verdad? — adivinó Jenny.

Cates emitió una ladina sonrisa.

—Si usted lo dice... Profesor, el trago de la despedida —rogó ansiosamente.

Ambrose llenó el vaso hasta la mitad. Cates lo bebió con verdadera avidez, exhalando a continuación un suspiro de placer.

—Es néctar de los dioses —sonrió—. Les aguardo mañana, con el dinero. Buenas noches —se despidió.

La puerta se cerró y Ambrose se volvió hacia Jenny, que estaba apoyada en la jamba de la otra puerta.

—¿Qué opinas? —preguntó.

—Quiero saber todo lo referente al abuelo. Mis padres no fueron nunca demasiado explícitos conmigo, ni siquiera cuando ya tenía edad para comprender el lado sucio de la vida.

—Está bien. Cuando tengamos el plano, recorreremos el queso de gruyere. O la termitera, como prefieras. Sospecho que encontraremos cosas muy interesantes.

—Un diablo llamado Sypharix, ¿verdad? —sonrió Jenny. Súbitamente, un horrible sonido llegó desde el bosque cercano.

Era un espantoso alarido, un grito que tenía mucha semejanza con otro que ambos habían escuchado dos semanas antes, el aullido de una persona víctima de un terror infinitamente más grande que el del dolor físico.

Los gritos se repitieron unas cuantas veces, relativamente cortos y rápidos. Luego se oyó un último alarido, que decreció con siniestra lentitud, hasta extinguirse por completo.

—¡Dios mío! —se asustó la chica—. ¿Qué ha sido eso, Hugo?

Ambrose fue hacia la chimenea y se proveyó de un atizador y de la gran lámpara portátil que había sobre la repisa, para casos de emergencia.

—No te muevas, Jenny—ordenó.

Caminó hacia la puerta, abrió, encendió la lámpara y corrió a lo largo del camino que conducía al pueblo. Cates, dedujo, tenía que haber llegado siguiendo aquella ruta; por la noche, era muy fácil extraviarse en el bosque.

Lo encontró momentos después, a doscientos metros de la casa, junto a un roble de grueso tronco, al cual estaba clavado por una espada, de estilo antiguo, pero evidentemente fabricada en la época actual. Cates, además de la terrible herida que le había infligido el acero, tenía cuatro puñales más clavados en el cuerpo, en los mismos puntos que la infortunada Lonnie Rafferty.

Ambrose contempló el espectáculo durante unos instantes, mediante la luz de la lámpara directamente enfocada al sangriento espectáculo, La única diferencia entre los dos muertos, estribaba en que Cates estaba clavado a un árbol.

De pronto, oyó pasos a sus espaldas.

—¡No, Jenny! —gritó, a la vez que se volvía rápidamente hacia la muchacha.

Pero era ya tarde. Ella ya había visto la sangrienta figura clavada en el árbol, como un monstruoso insecto, del que todavía manaba sangre a borbotones,

—¡No! —chilló Jenny—. ¡Otra vez lo mismo, no!

Cayó de rodillas, se ocultó el rostro con las manos y rompió a llorar amargamente. Ambrose se mordió los labios, vaciló un poco y fuego, acercándose a la muchacha, la cogió por un brazo para ayudarla a ponerse en pie.

—Volvamos a casa —dijo persuasivamente—. Aunque no nos guste, es preciso avisar a la Policía.

CAPÍTULO V

Por la mañana, muy temprano, Ambrose sacó su coche del garaje y se dirigió a la casa donde residía Jenny provisionalmente. Peggy Immes acudió a recibirle.

—Está durmiendo. El médico le dio un sedante: no se despertará antes del mediodía.

Ambrose dirigió una mirada de simpatía a la mujer.

—Cuídela, Peggy. Anoche sufrió un fuerte «shock» y no era la primera vez que veía un espectáculo semejante —dijo.

—Váyase tranquiló, profesor. Yo me ocuparé de ella. A fin de cuentas, la conozco desde que llevaba trenzas y calcetines cortos.

—No podía haber encontrado otra persona más adecuada que usted —dijo el joven sonriendo—. Volveré a mediodía. Dígaselo si despierta antes.

—Sí, profesor —Peggy hizo un gesto de pesar—. Migty Cates no era buena persona, pero tampoco merecía una muerte tan horrible.

—Eso mismo es lo que pienso yo —se despidió Ambrose.

Cuando estuvo en el coche, se dijo que había olvidado preguntar a Peggy dónde vivía Cates, pero no quiso retroceder, alguien se lo diría en el pueblo. Media hora más tarde, detuvo el coche ante una gasolinera. El mozo acudió inmediatamente.

—Llénelo, por favor —pidió el joven.

—Sí, señor.

Cuando el empleado hubo terminado, Ambrose le enseñó dos billetes de cinco dólares.

—Sobra dinero, señor —dijo el hombre.

—Lo sé. ¿Dónde vivía Cates?

El empleado alzó las cejas.

—Conque era eso —murmuró—. Siga todo recto y llegará a un camino que hay a unos seiscientos metros a la derecha. Tenga cuidado, está en muy malas condiciones y podría arriesgar la suspensión del coche. Bueno, la cabaña de Cates, porque no merece otro nombre, está a unos trescientos metros, en una hondonada. Tenga cuidado con el perro: es un verdadero demonio.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

Ambrose reanudó la marcha. No tardó en encontrar el camino señalado, pero, casi en el mismo instante, divisó una negra humareda que se elevaba a las alturas.

El corazón le dio un vuelco en el pecho. Aceleró el coche, despreciando el mal estado del camino, y no tardó en ver una masa de llamas, de la que brotaba una espesa columna de humo negruzco.

Había un perro, atado por una cadena a una caseta, que se agitaba ferozmente, al mismo tiempo que emitía fuertes aullidos de pavor. Ambrose saltó del coche y se acercó al can.

—Quieto, quieto —dijo con voz suave y persuasiva—. No voy a hacerte ningún mal, ni tampoco a tú amo. Quieto, chucho...

El perro se tendió de panza en el suelo, gimiendo sordamente, Ambrose se le acercó y acarició su cabeza unos momentos. El animal permaneció inmóvil, como si reconociera a su salvador. Luego, Ambrose soltó la presilla de la cadena y el animal se apartó vivamente del calor de las llamas.

Ambrose meneó la cabeza. En aquel enorme brasero ya no podría encontrar lo que tanto le interesaba.

Se apartó unos pasos. El perro, un horrible chucho, aunque de notable alzada, sin embargo, le siguió, gimiendo lastimeramente.

Parecía como si comprendiera que había perdido a su dueño. Ambrose volvió a acariciarle la cabeza y el can meneó la cola.

—Bueno, amigo, si lo que buscabas era un hogar, ya lo tienes —suspiró el joven. Le daba pena abandonar a la pobre bestia y a él le haría compañía en su casa, pensó.

Súbitamente, el perro atiesó las orejas, se irguió y empezó a ladrar con verdadera furia.

Ambrose, deseoso de evitar un incidente, lo sujetó por el viejo y grasiento collar de cuero.

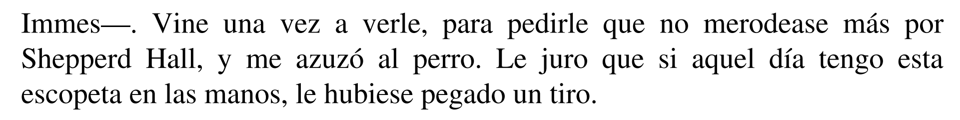
Un hombre apareció por el otro lado de la cabaña en llamas, con una escopeta de caza colgada del hombro.

—¡Hankey! —exclamó el joven.

—¡Profesor, qué sorpresa! —dijo Immes—. ¿Qué hace usted aquí?

—Vine a buscar algo interesante, pero me encontré con la cabaña completamente en llamas —el perro continuaba ladrando y tiraba del collar, como queriendo abalanzarse sobre el recién llegado—. Parece que no le inspira usted ninguna simpatía —añadió.

—Es cosa de ese bruto de Cates, ojalá Dios le haya perdonado —replicó


Immes—. Vine una vez a verle, para pedirle que no merodease más por Shepperd Hall, y me azuzó al perro. Le juro que si aquel día tengo esta escopeta en las manos, le hubiese pegado un tiro.

—Lógico —convino Ambrose—. Pero no tema, yo le sujeto bien. ¿Salió de caza, Hankey?

—Sí, lo hago en ocasiones. Sin embargo, no he tenido tiempo de avistar ninguna pieza.

Divisé la humareda y...

El sonido de una sirena que se acercaba llegó en aquellos instantes a oídos de los dos hombres. Immes hizo una mueca de desprecio.

—Como de costumbre, los bomberos llegan demasiado tarde. Pero, claro, tienen que justificar el sueldo que se ganan...

—Hankey, voy a quedarme con el perro. ¿Sabe cómo lo llamaba su dueño?

—*King* —contestó Immes—. Mira que llamar rey a ese bicho... en todo caso, rey de la porquería, ¿no cree?

King aulló ferozmente. Ambrose le dio unas palmadas en la cabeza y el animal pareció calmarse un tanto.

—Vamos, *King* —dijo—. Ya tienes un nuevo dueño.

Un vehículo pintado de color rojo vivo llegaba en aquel momento. Ambrose condujo el perro a su coche y luego se preparó para atender las preguntas del jefe de los bomberos.

* * *

Jenny estaba en la cama, recostada sobre los almohadones, muy pálida todavía, pero con evidentes señales de recuperación.

—El sueño me ha sentado bien, aunque haya sido artificial —dijo.

—Lo celebro. Pronto podrás levantarte, supongo.

—Sí, hoy mismo —Ella sonrió—. Lástima, no pude mostrarte mis habilidades culinarias.

—No importa, ya harás la cena otro día. Jenny, ¿estarás bien mañana para ir a Shepperd Hall?

—Creo que sí. ¿Sucede algo?

Ambrose bajó la cabeza.

—Una mala noticia. La cabaña de Cates ardió hasta los cimientos —

informó.

Ella se irguió.

—Entonces, no has conseguido la copia del plano...

—Llegué demasiado tarde. Ni siquiera pude asomarme a la puerta, pero podemos tener en cuenta una cosa. Era una copia del plano de tu abuelo.

La mirada de la joven se animó.

—¡Claro! Era una copia... y donde hay una copia, siempre hay un original.

—Posees un claro espíritu analítico y un alto sentido deductivo. Llegarías muy lejos, si te lo propusieras.

—¿Hasta dónde, Hugo?

—Te lo diré, otro ratito, encanto.

—A lo mejor te gustaría tenerme como alumna —sonrió la chica.

—Serías muy aplicada, aunque, ¿de qué te iba a servir a ti la sociología?

—Para asociarme.

—¿Con quién?

—Pues... formaríamos la sociedad de socios asociados por la sociología, ¿no te parece?

Ambrose se echó a reír.

—Me agrada verte de tan buen humor —dijo—. Sigue así y no te dejes abatir. Vendré mañana a buscarte, aunque si no te sintieras bien, no dejes de telefonearme. .

—No tengo teléfono, Hice que lo desconectaran cuando vine aquí.

—En tal caso, mándame a la señora Immes.

—De acuerdo, Hugo.

El joven se dirigió hacia la puerta. Iba a salir, cuando Jenny le llamó:

—Hugo, he estado pensando en una cosa.

Ambrose se volvió.

—Dime, por favor.

—¿Por qué Lonnie apareció sin ropas y, en cambio, Comstock y Cates estaban vestidos?

—Seguramente, en el segundo caso, el asesino no tuvo tiempo de quitarles las ropas. Además, la impresión que causa ver a una mujer desnuda

es mucho mayor, en igualdad de circunstancias. Recuerda que las ropas de Lonnie estaban destrozadas, que significa que se las arrancaron a tirones. Eran tejidos ligeros, no recios y de elaboración tan recia como las ropas de los otros.

—Sí, parece lógico. Pero también he estado pensando... ¿No se trataría de crímenes rituales? Acaso es la obra de un maniático que piensa que se debe purificar mediante la sangre de sus víctimas, vertida en determinadas condiciones.

—Podría pensarse en un crimen ritual, si no fuese porque la cabaña de Cates ardió por completo y allí había un documento muy interesante —dijo Ambrose—. A un asesino maniático, ciertos aspectos de la vida de sus víctimas le importan muy poco.

—Tienes razón —convino Jenny—. Si no voy a buscarte mañana a las nueve, Peggy iría a decírtelo. Pero espero encontrarme completamente repuesta.

—Yo también lo deseo así, Jenny.

* * *

El aspecto de *King* había variado radicalmente. Era evidente que su antiguo dueño no se había preocupado demasiado del animal. Las costillas se le marcaban, consecuencia de una deficiente alimentación, y el pelaje amarillento del perro, después de un concienzudo baño, había resultado ser blanco. Las manchas negras eran ahora de color marrón oscuro. Ya no parecía un chucho indecoroso, sino un hermoso perro, que se sentía enormemente agradecido al buen trato que le dispensaba su nuevo dueño.

Llamaron a la puerta. Ambrose salió a abrir, mientras *King* ladraba con fuerza. El joven respiró aliviado al reconocer a su visitante.

—No sabes cuánto me alegro de verte, Jenny —dijo.

—Gracias, Hugo. Oye, ¿de dónde has sacado este perro tan bonito? —preguntó la chica.

Ambrose se lo explicó. Jenny acarició la cabeza del animal. *King* meneó la cola alegremente.

—Te has ganado su confianza —rió Ambrose.

—Evidentemente. ¿Estás listo, Hugo?

—Cuando quieras.

Dejaron el perro en casa. Ambrose no quería llevarlo consigo, hasta tener la seguridad de que no se le escaparía.

—Me lo cuidarás, cuando vaya a Boston —dijo, mientras atravesaban el bosque a buen paso.

—Por supuesto, no te preocupes, Hugo, ¿dónde podremos encontrar el plano de los pasadizos?

—Cates lo vio en el escritorio de tu abuelo. Allí es donde debemos buscar, no se me ocurre otro sitio.

—Hay alguien en la casa —dijo ella preocupadamente—.Recuerda, la trampilla estaba sujeta por dentro.

—Podríamos forzarla y ver qué sucede, ¿no crees?

—Si te parece necesario...

—Pienso que sí, Jenny.

—Entonces, lo haremos, aunque primero debemos encontrar el plano.

—Conforme.

Una hora más tarde, llegaban a la casa. Jenny llevaba un bolso colgado del hombro y sacó una llave de su interior. Después de abrir la puerta, se quedó irresoluta en el umbral.

—Este silencio impresiona —murmuró.

—Cuando venías otras veces y no había nadie, la casa también estaba silenciosa.

—Sí, pero ahora es distinto. Hubo un crimen horroroso, yo vi a una especie de monstruo, tú viste a un diablo... Nunca habían pasado cosas semejantes, Hugo.

—Quizá es porque tú no tienes noticias de otros sucesos que se hayan podido producir en el pasado.

—¿Quieres decir que se cometieron más crímenes en Shepperd Hall? —dijo ella muy aprensiva.

—No lo afirmo, simplemente lo sugiero. Si hay tantos pasadizos como decía el pobre Cates, y si tu abuelo hacía cosas poco o nada legales, bien pudo suceder que en alguna ocasión muriese alguien... y nadie se enterase jamás, porque su cadáver fue escondido en alguno de los pasadizos.

Jenny se estremeció.

—Si es así... cada vez que venía a la casa, resulta que estaba durmiendo sobre un cementerio clandestino... Y con un diablo bajo la alfombra.

—¿Ocupabas el dormitorio del abuelo?

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a hacerlo? Pero me parece que ya no volveré a dormir allí en los días de mi vida.

—Vendrán días claros y las nubes se rasgarán y saldrá el sol y la hierba brillará, y los pájaros cantarán en las ramas del viejo álamo que hay junto al estanque, donde tu rostro de nieve y rosas se refleja en un espejo de plata... —recitó el joven.

Jenny le miró maravillada.

—¡Qué bonito! —exclamó—. ¿De quién es esa poesía?

—La escribió un viejo conocido mío. Lo veo a diario, aunque su cara no sea de nieve y rosas y el espejo sea vulgar cristal con azogue.

Ella se echó a reír.

—Eres único, Hugo. Estar a tu lado me levanta el ánimo como no te puedes imaginar —dijo.

—Lo celebro —contestó él, a la vez que oprimía suavemente su brazo—. Y ahora, ¿quieres guiarme al escritorio del abuelo Abner?

Subieron al primer piso. El escritorio era una habitación contigua a la alcoba en que Ambrose había hablado con Syphartix. Ambrose abrió la puerta.

Encendió la luz, después de tantear un poco. Detrás de él, Jenny lanzó un grito de sorpresa.

Ambrose contempló atónito el singular espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Parecía como si hubiera pasado un ciclón por la estancia.

Todo estaba revuelto, y hasta el tapizado de los sillones aparecía reventado a cuchilladas. Los rajones del escritorio de persiana estaban forzados y el suelo se veía lleno de papeles y libros esparcidos sin orden ni concierto.

Ambrose meneó la cabeza con pesimismo.

—Está claro, alguien se nos ha anticipado —dijo.

—Sí, pero, ¿quién?

Era una pregunta a la que el joven no pudo contestar. De pronto, se volvió hacia Jenny.

—Antes hablamos de forzar la trampilla —le recordó—. Bien, lo haremos, pero no hoy. Primero quiero hablar con, Simon Whear, con Marney Sullivan... y también con Comstock.

—¿Lo crees necesario, Hugo?

—Por supuesto. Y no olvides que, aunque no soy policía ni detective, estoy acostumbrado a hacer preguntas a la gente —dijo Ambrose firmemente.

CAPÍTULO VI

Aunque la había visto la noche de la fiesta, ahora podía contemplarla con más detenimiento. Apenas si la recordaba y apreció que Marney Sullivan era una muchacha de bonita figura, aunque los ojos eran pequeños y un poco juntos, lo que le confería una expresión de astucia que quizá no poseía realmente.

—Sí, te recuerdo —dijo Marney, después de que el visitante hubiese mencionado el lugar donde se habían conocido. Se echó a reír—. Te llamábamos el alma en pena. Vagabas por todas partes, sin saber adónde ir ni qué hacer... con lo fácil que era encontrar una pareja.

—Llegué a la casa por error. Desconocía el camino, Marney.

—Comprendo. Pero no te quedes en la puerta. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Se preguntó de qué viviría Marney, El apartamento era lujoso y su alquiler no debía de ser barato precisamente. Ella vestía un elegante peinador y en la muñeca izquierda lucía un valioso reloj de pulsera. El peinador era casi completamente transparente, lo que permitía ver una silueta de indudables encantos.

—¿Puedo servirte de algo, Hugo? —preguntó, mientras se servía una copa.

—Bueno, estoy haciendo ciertas indagaciones por mi cuenta... Me refiero a la muerte de Lonnie, claro.

—Ah, sí. ¡Menudo final de fiesta! Perdona la franqueza, pero tuve que ir al baño a vomitar. Nunca había visto nada tan horripilante, créeme.

—Te creo, Marney. ¿Conocías a Lonnie?

—No, Nunca la había visto hasta que llegó a la casa.

—Parecía un poco mayor, con respecto al promedio de asistentes a la fiesta. No, no me mires a mí; yo no estaba invitado y aparecí por haber errado el camino. Pero ella y Comstock sí fueron invitados.

—La invitación partió de Simon, mi pareja. El sí los conocía.

—¿Puedes decirme de dónde procedía ese conocimiento, Marney?

—Negocios, Simon no fue muy explícito.

—¿A qué se dedica Simon?

Ella le miró burlonamente por encima de la copa.

—No serás un policía, supongo.

—Me interesa el suceso, sociológicamente hablando. ¿A qué se dedica Simon?

—Gana dinero, Hugo.

—¿Cómo, Marney?

—Nunca hago preguntas indiscretas. Jamás me preocupo por saber de dónde viene el dinero que llega a mis manos.

—Eso se llama falta de ética.

Marney se encogió de hombros.

—Mira, no me vengas con escrúpulos. Tú no sabes lo que es arrastrarse por los callejones, en busca de marineros borrachos, a los que vaciar los bolsillos mientras duermen en el lecho apestoso que te ves obligada a tener. Simon me encontró un día, me vio, le gusté, me gustó, me trajo aquí, me dio vestidos, pieles, un coche... ¿Por qué iba a sentir curiosidad por sus fuentes de ingresos? ¿Crees que me gustaría volver a callejear otra vez?

—Evidentemente, no. Y puesto que eres tan sincera, no te ofenderás si te digo que eres la amiga de Simon. O mantenida, como prefieras.

—No me importan los calificativos. Me resbalan, Hugo.

—Ya lo veo. Sin embargo, resulta curioso que seas amiga de Jenny.

—La conocí en una fiesta hace algunas semanas. No te vayas a creer que es una amistad escolar. Su colegio y el mío fueron muy distintos.

—Lo lamento, Marney. Supongo que sabrás dispensarme, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Claro, hombre. Peores cosas me preguntaron los policías y con peores modales. ¿De veras no quieres un trago? ¿O es que tienes mucha prisa?

Las palabras de Marney encerraban una insinuación que Ambrose no podía desconocer. Sin embargo, prefirió no seguir adelante, para embarcarse en una aventura grata en el primer momento, pero de dudoso final.

—Sí, tengo un poco de prisa —contestó—. Gracias por todo, Marney.

—Vuelve otro día con más tiempo —Marney se apoyó en la jamba de la puerta con gesto indolente—. Simon es un hombre muy moderno y tolerante —añadió.

Ambrose respiró profundamente al abandonar el apartamento de la joven. No, ciertamente, Jenny no había hecho bien al invitar a una pareja de desaprensivos. «Claro que es una chica muy moderna», se dijo.

Pero, aun así...

Media hora más tarde, llamaba a la puerta del apartamento ocupado por Simon Wheard. Pasados unos minutos y, al ver que nadie le contestaba, se decidió a abrir.

La puerta no estaba cerrada con llave ni pestillo de seguridad, cosa que le extrañó. Gritó el nombre del ocupante del apartamento, pero no recibió ninguna respuesta.

Segundos más tarde, supo los motivos del silencio de Simon Wheard. Por tercera vez, vio a un ser humano clavado a la pared.

El suelo era un enorme charco de sangre. En esta ocasión, el asesino sí había dispuesto de tiempo suficiente para desnudar a su víctima.

Pero, además, captó un detalle que no había visto en las anteriores víctimas, un rasgo que no supo si calificar de humor macabro o de culminación del sadismo con el que el asesino había cometido su crimen. En la mejilla izquierda del muerto había grabada una cifra, a punta de cuchillo. El número 3 podía leerse sin dificultad, pese a la sangre que manchaba aquella región de la cara de Wheard.

—¿Un ordinal? —murmuró, especulando con la posibilidad de más muertes del mismo tipo.

La Policía iba a tener mucho trabajo buscando a aquel sádico asesino, pensó, mientras se acercaba al teléfono.

* * *

El rostro del preso era duro, pétreo. Resultaba evidente que Mel Comstock no se encontraba a gusto en la cárcel, aunque también parecía patente que no era hombre dispuesto a hablar demasiado.

—¿Qué quiere de mí, profesor? —preguntó, tras un escueto preámbulo.

—Informes —respondió Ambrose.

—Hable con la Policía. Ellos tienen mi declaración. Eso es todo.

—Se equivoca, Mel. Está acusado del asesinato de Lonnie Sullivan. Las perspectivas no tienen nada de halagüeñas.

Comstock sonrió despectivamente.

—No podrán probar nada —contestó—. Me retienen, porque no han encontrado otro sospechoso con más «méritos», eso es todo.

—De todas formas, sigue siendo sospechoso.

—Porque ellos quieren...

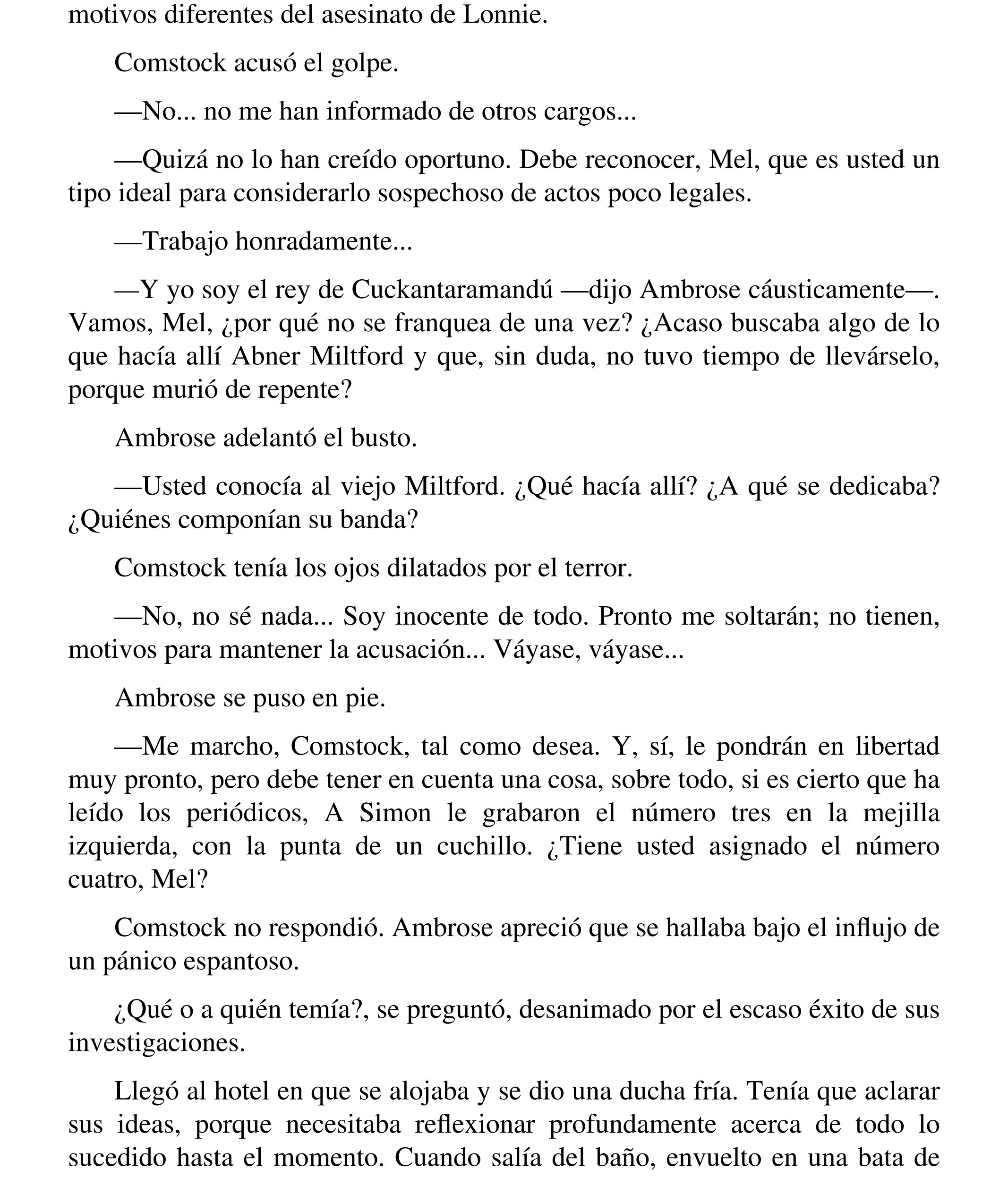
—Y porque usted fue a Shepperd Hall no precisamente para asistir a una

fiesta de cumpleaños,

—Me invitó Simon Wheard.

—Simón está muerto, Mel.

—Lo sé. Leo los periódicos — Comstock se echó a reír—. Por fortuna, tenía una buena coartada —golpeó la mesa que le separaba del visitante—. ¿Qué le parece esta coartada?



—Magnífica. Pero eso me hace pensar que acaso lo retienen por otros motivos diferentes del asesinato de Lonnie.

Comstock acusó el golpe.

—No... no me han informado de otros cargos...

—Quizá no lo han creído oportuno. Debe reconocer, Mel, que es usted un tipo ideal para considerarlo sospechoso de actos poco legales.

—Trabajo honradamente...

—Y yo soy el rey de Cuckantaramandú —dijo Ambrose cáusticamente—. Vamos, Mel, ¿por qué no se franquea de una vez? ¿Acaso buscaba algo de lo que hacía allí Abner Miltford y que, sin duda, no tuvo tiempo de llevárselo, porque murió de repente?

Ambrose adelantó el busto.

—Usted conocía al viejo Miltford. ¿Qué hacía allí? ¿A qué se dedicaba? ¿Quiénes componían su banda?

Comstock tenía los ojos dilatados por el terror.

—No, no sé nada... Soy inocente de todo. Pronto me soltarán; no tienen, motivos para mantener la acusación... Váyase, váyase...

Ambrose se puso en pie.

—Me marcho, Comstock, tal como desea. Y, sí, le pondrán en libertad muy pronto, pero debe tener en cuenta una cosa, sobre todo, si es cierto que ha leído los periódicos, A Simon le grabaron el número tres en la mejilla izquierda, con la punta de un cuchillo. ¿Tiene usted asignado el número cuatro, Mel?

Comstock no respondió. Ambrose apreció que se hallaba bajo el influjo de un pánico espantoso.

¿Qué o a quién temía?, se preguntó, desanimado por el escaso éxito de sus investigaciones.

Llegó al hotel en que se alojaba y se dio una ducha fría. Tenía que aclarar sus ideas, porque necesitaba reflexionar profundamente acerca de todo lo sucedido hasta el momento. Cuando salía del baño, envuelto en una bata de

felpa, sonó el teléfono.

Levantó el aparato ansiosamente, pensando en Jenny, pero la voz de mujer que escuchó no pertenecía a la chica.

—¿Profesor Ambrose?

—Si —contestó el joven—. ¿Quién es usted?

—Me llamo Harmony Fax, aunque supongo que el nombre no le dirá nada. Pero si viene a verme, podré facilitarle informes muy interesantes.

—¿Informes... sobre qué asunto?

La desconocida soltó una risita.

—He leído su nombre en los periódicos. Usted fue el que encontró el cadáver de Simon Wheard. Lo que le voy a decir a usted no se lo he dicho aún a la Policía. ¿Le basta con esto para acudir a mi casa?

—Sólo me falta oír su dirección, señora —contestó Ambrose.

* * *

Se llevó una gran sorpresa al ver a Harmony Fax. Había creído que se trataba de una mujer de mediana edad y resultó aparentar unos treinta y cinco espléndidos años, con una silueta capaz de dar envidia a una diosa griega y una sonrisa amable y acogedora en unos labios que necesitaban muy poco color artificial. Al contemplarla atentamente, se dio cuenta de que Harmony no necesitaba todavía oprimir su talle con una faja.

«Y si lleva sostén, será por imperativos de la moda, más que por necesidad estética», pensó.

—Entre, profesor —invitó ella—. ¿Me acepta una copa?

Eran ya las siete de la tarde. Ambrose no rechazó la oferta esta vez.

—Agradecido, señora Fax...

—Harmony, por favor.

Ella preparó las bebidas, le entregó un vaso y luego señaló un diván.

—Siéntese, Hugo. ¿Me permite la confianza?

—Claro, Harmony,

Al sentarse, Harmony cruzó las piernas y la falda quedó casi un palmo por encima de las rodillas. Las medias eran de color negro, aunque el tejido era muy fino.

—Supongo que está deseando saber por qué le he llamado —dijo al cabo.

—Soy paciente —sonrió él—. El espectáculo me permite aguardar sin prisas sus informes.

—¿Encuentra agradable el espectáculo?

—Fascinador. Lo mejor que he visto en mi vida. Si lo desea, puedo jurarlo.

—Me basta con la palabra de un hombre. Hugo, ¿sabe que hubo un tiempo en que fui la amante de Abner Miltford?

—No me diga —el asombro de Ambrose era sincero—. ¿Habla en serio?

—Milford murió hace menos de cinco años. Yo le conocí cinco antes. Todavía era un hombre robusto y, además, tenía dinero. Un poderoso argumento para convencer a una mujer, ¿no le parece?

—Indudablemente. Siga, Harmony.

—Residí una temporada en Shepperd Hall. Y me enteré de algunas cosas, aunque no de todo lo que pasaba allí, evidentemente.

—Muy bien. ¿Por qué no empieza de una vez y me lo cuenta todo, Harmony?

Ella entornó los párpados, espesamente cargados de negro.

—Voy a serle sincera, Hugo. Necesito dinero.

Ambrose se puso en pie.

—Voy a serle sincero, Harmony —dijo—. Sólo soy un universitario. Tengo algunos ahorros, cierto, pero debo trabajar para vivir.

—Espere, hombre —exclamó Harmony, visiblemente decepcionada—. Yo creí que...

—Una mujer con su experiencia, pese a su juventud, no debiera haberse hecho cierta clase de ilusiones.

—Bueno, está la nieta de Abner... Ella sí tiene dinero.

—¿Por qué no se lo pide usted directamente?

—Usted está más cerca. Jenny se ha escondido y no sé dónde encontrarla.

—Lo siento, yo tampoco sé dónde está —mintió Ambrose. Harmony dudó un momento.

—Escuche, voy a pedirle una cosa. No soy demasiado exigente; con cinco mil me conformaría por el momento.

—Suprima la cláusula de «por el momento». Si llego a conseguirle ese dinero será en calidad de «primero, único y definitivo pago». Otras condiciones no serán aceptadas de ninguna forma.

—Es usted tan inflexible como una roca...

—Lo siento, Harmony. ¿Es que Abner no le dejó nada?

Ella movió la mano en círculo.

—Esta casa, unos miles de dólares y poco más —contestó.

—Entonces, ¿de qué vive?

—A veces, recibo visitas... Muy seleccionadas, claro.

De pronto, Ambrose tuvo un rasgo de audacia.

—Trataré de conseguirte ese dinero —dijo—. Pero me tienes que contar todo, aunque me parece que esta sala no es el lugar apropiado para una conversación íntima.

—¿Dónde, pues? —preguntó Harmony.

Ambrose pasó el brazo izquierdo por su cintura. Los senos, pesados, pero muy firmes, palpitaron vivamente al contacto con su pecho.

La mano derecha del joven encontró el cierre de cremallera del vestido. Lentamente, lo hizo descender hasta su final, mucho más abajo de la espalda de Harmony.

—Adivina el sitio donde vamos a hablar —dijo.

CAPÍTULO VII

King empezó a ladrar bruscamente. Jenny se asomó a la ventana de la casa, divisó la figura que avanzaba a lo largo del sendero central, que dividía en dos el jardín, y lanzó una alegre exclamación.

Inmediatamente, corrió a abrir. El perro se adelantó y saltó al encuentro del recién llegado.

—Caramba, vaya recibimiento —dijo—. Un perro fiel, una chica preciosa... Sólo me faltan ahora las zapatillas, el periódico y un vaso, en el butacón, junto a la chimenea.

—¿Te gusta esa perspectiva? —preguntó Jenny.

—Es una figura poética —contestó él. De pronto, se inclinó y besó la tersa mejilla de la chica—. No sabes cuánto me alegro de volver a estar aquí —añadió.

Ella se ruborizó.

—Yo también me siento muy contenta de tenerte en casa de nuevo —contestó—. ¿Traes noticias, Hugo?

—Sí, pero... hace un día estupendo. ¿Por qué no nos damos un paseo y así podremos charlar con toda tranquilidad?

—Estupendo. Aguarda un momento, por favor.

Jenny se retiró al interior. Ambrose se acuclilló e hizo unas cuantas fiestas al perro.

King se sentía extraordinariamente contento de sentirse a su lado.

Ella salió a los pocos momentos, con el pelo sujeto por una ancha banda azul y unas gafas de color, para proteger sus ojos del fuerte resplandor del sol. Ofrecía una estampa encantadora, rebosante de frescura y vitalidad.

El perro caminó con ellos, saltando y brincando alegremente. Ambrose recordó unos instantes su aventura con Harmony Fax. Unos momentos sumamente gratos, pero que no habían dejado rastros en su ánimo.

—Empieza —solicitó ella.

—Primero, debes saber que tu abuelo no era un santo. Está ya muerto y alguien se encargó de juzgarle. Pero sus hechos persisten todavía, mejor dicho, las consecuencias.

—¿Cuáles son, Hugo?

—En tiempos, destiló licor. Ganó mucho dinero, pero luego se dedicó a

otra actividad muy lucrativa. Acuñaba moneda.

—¿Falsa?

—Si la quieres llamar así, porque no tenía la garantía del gobierno, sí. Pero no era falsa del todo.

—Explícate, por favor, no te comprendo muy bien —dijo Jenny.

—Acuñaba monedas antiguas, fuera de circulación, mediante troqueles construidos con los moldes tomados de una moneda legítima. Luego las vendía, con una ganancia superior al ciento por ciento.

—Es decir, al doble de su valor real.

—No, valor facial. El valor real de la moneda de oro de veinte dólares, una «doble águila», por ejemplo, era de cuarenta dólares. O más, según el comprador y según la cotización del oro en aquellos momentos.

—Pero, ¿había compradores? —se asombró Jenny.

—En su mayor parte, esas monedas iban a parar a Sudamérica y también una buena parte a Europa. Ello sucedió cuando el gobierno de los Estados Unidos decidió abandonar el patrón oro. A muchas gentes no les gustaba tener su dinero convertido en simples cifras de una cuenta de un Banco.

—Entiendo. Querían algo más sólido.

—Jenny, hace diez años, una moneda de oro que tu abuelo vendía a cuarenta o cuarenta y cinco dólares, tiene hoy un valor doble, por lo menos. ¿Cuántos dólares te dan por un billete de veinte dólares?

—Veinte, claro.

—Sí. ¿Y cuántas cosas puedes comprar hoy con veinte dólares, comparado con lo que se podía comprar hace diez o doce años?

—Tienes toda la razón del mundo. Pero, aun así, el abuelo no pudo ganar los millones que heredaron mis padres.

—Verás —continuó él—. Pasado un tiempo, tu abuelo debió de juzgar que las ganancias eran cortas. Entonces, «mezcló» el oro.

—Comprendo. Rebajó la ley de las monedas.

—Exacto. Conocía bien el oficio y no tardó en encontrar el metal apropiado para la aleación, de modo que no se pudiese advertir la falsificación tan fácilmente. O sea, con cada moneda de veinte dólares, ahora ganaba ochenta o más, en lugar de cuarenta.

—Debió de fabricar muchísimas, ¿no crees?

—Sí. Millares de monedas y, como suele decirse, se las quitaban de las manos.

—De todas formas —dijo Jenny pensativamente—, hay algo que me resulta extraño, Hugo.

—¿De qué se trata, Jenny?

—¿Es que nadie advirtió la falsificación de la, digamos, segunda época?

—Oh, parece ser que sí, pero ninguno se atrevió a denunciarle. El que lo habría hecho, se hubiese acusado a sí mismo, ¿comprendes?

—Ahora sí. ¿Qué más, Hugo?

—Bueno, tu abuelo no podía trabajar solo, como es lógico. Necesitaba al menos un ayudante en Shepperd Hall. Y «vendedores».

—Vamos, una sociedad.

—Sí. La «Sociedad de los Cinco Puñales».

—¿Eh? —dijo ella, atónita.

—Hubo un traidor y lo ajusticiaron. Cada uno de los miembros de la banda, y eran cinco, le asestó una puñalada.

Jenny se sintió horrorizada.

—Siempre creí que el abuelo era, aparte de mi padre, el hombre mejor y más bueno del mundo —exclamó—. No puedo imaginármelo clavando un cuchillo en el pecho de un desgraciado...

—Pues lo hizo, y de ello no cabe la menor duda.

—¿Cómo lo has sabido, Hugo?

—Me lo dijo cierta dama, de cuyos, encantos disfrutó tu abuelo una larga temporada. Incluso vivió en Shepperd Hall. Se llama Harmony Fax.

—¡Harmony! —dijo Jenny, sorprendida.

—¿La conoces?

—Sí. La vi en alguna ocasión. El abuelo dijo que era su secretaria. Yo era casi una niña entonces y no se me ocurrió pensar que... ¿Has estado hablando con ella?

—En efecto. Harmony fue la que me contó lo de la ejecución del traidor. ¿Sabes?, se llamaba Ed Rawson.

Jenny calló unos momentos. Luego, deteniéndose, volvió los ojos hacia el joven.

—Apuesto algo a que Wheard era uno de los miembros de esa banda de falsificadores —dijo.

—Sí, eso ya parece fuera de toda duda.

—Entonces, Cates también...

—No, no lo creo. No me parece la clase de hombre capaz de mantener la boca cerrada mucho tiempo.

—¿Lonnie pertenecía también a la banda?

—Eso ya es más aproximado. Sin duda, fue el número dos. Cates murió para que no hablase, aunque el asesino lo hizo demasiado tarde o quizá como venganza por haber hablado. Y si lo mató con cinco heridas, fue para despistar.

—Pero, ¿quién fue el número uno, Hugo?

—Tu abuelo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Jenny meneó enérgicamente la cabeza.

—No, no puede ser. El abuelo murió de un ataque cardíaco —dijo.

—La señora Fax sospecha que fue un crimen.

—Hugo, el médico certificó...

—Abner había llevado una vida muy intensa, eso lo sabían todos. El doctor Spencer Wharton, médico del pueblo, no se molestó demasiado, porque algunos meses antes, tu abuelo se había quejado de ciertas irregularidades cardiacas. El doctor Wharton le aconsejó se hiciese examinar en una clínica con medios competentes, aunque sí le recetó medicinas que pudieran aliviarle momentáneamente. Lo que no sabemos es si se hizo ese examen médico o no.

—Bueno —arguyó Jenny—. Y eso, ¿demuestra el crimen?

—El doctor Wharton se mostró muy extrañado del fallecimiento pero, claro, desconocía lo que sucedía realmente en Shepperd Hall, y no se molestó en profundizar en la cuestión.

—Deberíamos hablar con ese médico, ¿no crees?

—Falleció hace seis meses.

Jenny hizo un gesto de desaliento.

—Entonces, no sabremos nunca la verdad —exclamó.

—Sólo si el asesino lo confiesa.

Callaron unos momentos. De pronto, *King* se detuvo y empezó a gruñir, adelantado una docena de pasos respecto a los dos jóvenes.

—Parece que viene alguien —murmuró Ambrose—. ¡Aquí, *King*! —llamó.

El perro retrocedía un poco, no demasiado. Bruscamente, un hombre salió de la espesura, con una escopeta de caza en las manos. Jenny lanzó un grito de susto y se apretó contra el joven.

* * *

—No teman —sonrió Immes—. Soy yo, señorita Miltford.

Jenny se puso una mano en el pecho.

—Me he asustado de veras —confesó.

Ambrose sujetaba a *King* por el collar. El perro no dejaba de ladrar furiosamente.

—Cates le enseñó mal —dijo Immes tristemente—. Es un bonito animal, pero aquel borracho envenenó su mente. Si es que un perro puede tener mente, claro.

—No se preocupe; con el tiempo se le pasará —sonrió Ambrose,

—Sí, puede ser. Bueno, con su permiso, voy a continuar...

—¿Aún no ha cazado nada, Hankey?

—Los conejos están muy recelosos, profesor.

—Sí, me lo imagino. Bueno, le deseo suerte...

—Hankey, un momento, por favor —rogó Jenny—. El profesor y yo estuvimos el otro día en Shepperd Hall. Alguien entró y revolvió por completo el escritorio de mi abuelo.

—¿De veras? —se asombró Immes.

—Sí —confirmó Ambrose—. Parece ser que en la casa hay algo muy interesante. Usted trabajó muchos años con el difunto señor Miltford.

—Oh, sí, pero yo sólo me cuidaba del jardín, y todo lo más, de algunas reparaciones imprescindibles en el interior de la casa. Nunca se me ocurrió inmiscuirme en la vida privada del abuelo de la señorita.

—Hay pasadizos en la casa —dijo Jenny.

—Tiene usted un humor excelente —contestó Immes—. Es la primera noticia que oigo sobre el particular.

—¿No ha oído tampoco nada su esposa?

—Ella sólo se ocupaba de la limpieza de las habitaciones y de la cocina. Mire, señorita, Peggy y yo tenemos un lema en común: no meternos jamás en asuntos ajenos. Lo cual, ciertamente, no se podía, decir de Migty Cates.

—Sin embargo, y puesto que trabajaban en la casa, tendrían que ver forzosamente a alguno de los visitantes del señor Miltford —dijo el joven.

—Oh, sí, por supuesto. El señor recibía a mucha gente. Tenía gran cantidad de amistades, Pero nunca se nos ocurrió escuchar tras las puertas... Compréndalo: teníamos un buen sueldo, alojamiento y comida gratis... ¿Por qué perderlo todo para satisfacer nuestra curiosidad en algo que no nos importaba?

—Es una lógica aplastante —convino Ambrose—. Hankey, una pregunta más, por favor.

—Desde luego, profesor.

—¿Cree que el señor Miltford fue asesinado?

—No, en absoluto. El doctor Wharton era un excelente médico y tenía un ojo clínico infalible. Aunque sí le extrañó la muerte repentina del señor Miltford, no le cupo la menor duda acerca de que había sido a consecuencia de un ataque cardíaco.

—Muchas gracias, Hankey.

—No se merece, profesor. Buenos días, señorita.

Immes se alejó, despedido con unos fuertes ladridos de *King*, Ambrose soltó al animal cuando estuvo seguro de que ya no perseguiría al antiguo sirviente de Shepperd Hall.

—No hemos adelantado nada —suspiró Jenny.

—¿Creías conseguir algo? —preguntó él.

—Un sirviente siempre conoce secretos de su amo.

—Bueno, resulta que Immes era un tipo discreto...

—Demasiado, me parece. Pero, no me hagas mucho caso. ¿Seguimos?

—¿Adónde vamos, encanto?

—Al despacho del abuelo. ¿Qué te parecería un registro a fondo, incluyendo el desguace del escritorio?

—No tengo inconveniente, aunque nos harían falta herramientas.

—Las encontraremos en el cobertizo donde se guardan los útiles de jardinería. ¿Vamos? Jenny echó a correr. *King* se unió a ella, ladrando alegremente.

Ambrose sonrió al contemplar la idílica escena. Para el perro, se dijo, el cambio de vida debía resultar maravilloso.

«Y yo, ¿no habré cambiado también mi existencia al venir a esta comarca?», se preguntó.

El tiempo le daría una respuesta concreta, pensó.

CAPÍTULO VIII

Se agitó nervioso en la cama. Empuñaba un martillo gigantesco y estaba destrozando una mesa tan grande como un edificio de seis pisos. Llovían astillas sobre él, pero continuaba impertérrito su labor. De pronto, un cajón explotó y empezó a despedir cientos de hojas de papel, todas ellas con un extraño dibujo, repetido hasta la saciedad: un diablo emergiendo de una trampilla y lanzando por los aires un chaparrón de monedas de oro.

La aparición del diablo enfureció a una docena de perros que había en las inmediaciones, los cuales empezaron a ladrar en el acto. Ambrose tardó unos momentos en darse cuenta de que los ladridos eran algo absolutamente real y que no formaban parte de la pesadilla.

Abrió los ojos y se recostó en un codo. *King* dormía en la casa y ahora estaba junto a la puerta, rascándola con las uñas. Ambrose percibió este ruido perfectamente, mezclado con los furiosos ladridos del can.

Maldijo a media voz.

—*King*, si todas las noches me vas a dar este concierto, empezaré a pensar que he hecho una mala adquisición —rezongó.

Pero muy pronto pensó que el perro, ordinariamente pacífico con él no debía de ladrar por simple capricho. Encendió la luz, se levantó y, tras ponerse una bata y las zapatillas, salió del dormitorio.

King le miró desde la puerta y lanzó un par de estridentes aullidos, a la, vez que persistía en sus intentos de salir. Ambrose frunció el ceño, agarró la linterna y se dirigió hacia la puerta.

Después de abrir, sujetó el collar del perro. Lo soltaría, si advertía algún peligro inminente.

King lo arrastró hasta los límites del jardín y desde allí ladró a la oscuridad. Al cabo de unos momentos, pareció calmarse.

—¿Lo ves? No había nadie —sonrió Ambrose—. Vamos, a seguir durmiendo.

El perro se dejó llevar dócilmente. De pronto, dio un tirón.

Bajó la cabeza y olfateó ávidamente algo que había en el suelo. Ambrose divisó la pelota de carne picada, sobre la cual quería precipitarse el animal.

—Vaya, te han traído un regalito —murmuró. . Y ya iba a soltar a *King* cuando, de pronto, se sintió acometido por una extraña aprensión.

¿Quién había dejado allí la bola de carne? A primera vista, parecía fresca y en buenas condiciones, lo que significaba que había sido dejada allí muy

recientemente.

Quizá por un desconocido...

Agachándose, dejó la linterna en el suelo y cogió la carne. Al recobrar la linterna, tuvo que soltar a *King*. El perro empezó a saltar hacia él, como pidiéndole aquel exquisito manjar que tanto le atraía.

Ambrose no le permitió siquiera rozar la carne con la lengua. Entró en la casa, fue a la cocina, se cerró por dentro y luego, con dos dedos, pellizcó un poco de carne.

Tenía un gusto extraño, amargo, algo salado. Inmediatamente, tomó un buche de agua y se enjuagó la boca cuidadosamente.

—Estricnina —murmuró.

Fue al baño, deshizo la bola con las manos y arrojó la carne envenenada por el sumidero. Luego se lavó con abundancia de agua y jabón, finalizando con unas friegas de alcohol. Al terminar, se hizo un poco de café.

Con la taza en las manos, se acercó a la ventana de la sala y contempló la oscuridad que había al otro lado de los cristales. ¿Quién había intentado envenenar a *King*?

Por la mañana, sujetó la correa del can a su collar y salió con él a recorrer las inmediaciones de la casa. El fino olfato de *King* le permitió descubrir tres bolas más de carne envenenada, que siguieron el mismo camino que la primera.

—Ahora, en lugar de vigilarme el perro a mí, seré yo quien tenga que vigilarlo —masculló disgustadamente.

* * *

La voz de Jenny sonó clara y fresca, en el jardín. *King* corrió hacia la puerta y Ambrose se levantó. A través de la ventana, vio que Jenny traía un periódico en la mano.

—¿Alguna noticia? —dijo, después de abrir.

—Es de ayer, pero me lo ha traído Peggy esta mañana. ¡Comstock ha sido puesto en libertad! —anunció la muchacha.

Ambrose emitió un tenue silbido.

—Realmente, no había pruebas contra él —dijo.

—Es cierto, pero, entonces, ¿quién mató a Lonnie?

—Quizá el mismo que intentó envenenarme el perro anoche.

—¿Cómo? —se sorprendió Jenny.

—*King* empezó a ladrar a la madrugada, muy fuerte, muy excitado. Pensé que pudiera haber un intruso y salí fuera, pero no vi a nadie. Luego, me di cuenta de que el perro quería comer algo que había en el suelo. Vi una pelota de carne y eso me hizo sospechar.

—Estaba envenenada.

—Tenía el gusto amargo de la estricnina. Esta mañana, al levantarme, encontré tres bolas más.

Jenny tenía los ojos llenos de horror.

—Pero, ¿quién desea la muerte de *King*? —exclamó.

—Mejor sería preguntar *por qué*, ¿no te parece? Anda, entra y tomarás un poco de café conmigo.

—Sí, gracias. Hugo, he venido para ver si querrías acompañarme. Pero si tienes trabajo, lo dejaríamos para otro día.

—¿Adónde pensabas ir? —inquirió él, mientras se encaminaban a la cocina.

—A Shepperd Hall. Hablamos de registrar nuevamente el escritorio del abuelo para buscar el plano.

—Quizá lo han encontrado ya —dijo Ambrose.

—Puede que sí, pero también puede suceder que esté aún allí. ¿No dijimos algo de levantar las tablas del suelo y el empapelado de la pared?

Ambrose hizo un gesto de aquiescencia. Cogió la cafetera, llenó una taza y se la ofreció a la chica.

—Iremos ahora mismo —decidió—. Y, además, nos llevaremos a *King*.

—¿Para qué?

Ambrose sonrió, a la vez que se tocaba la nariz con el índice.

—Tiene mucho olfato —contestó.

***

Habían arreglado en parte el escritorio del viejo Abner, pero aún se divisaban rastros de la devastación causada por el desconocido que había entrado allí. Ambrose dejó en libertad a *King*, aunque cuidando de tener la puerta cerrada, y luego empezó a golpear el suelo con el mango del atizador de la chimenea, que había traído expresamente para la operación.

Jenny hacía lo mismo en las paredes, con un trozo de madera. Al cabo de

media hora, se convencieron de que no había ningún hueco en el suelo ni en los muros.

Los cuadros habían sido revisados por el desconocido. Con una pequeña regla, Ambrose golpeó suavemente los marcos, pero tampoco pudo captar el menor sonido a hueco. Desconcertado y también un tanto irritado, encendió la pipa y se plantó en el centro de la estancia, con las manos en los costados.

—Me parece que no estamos obrando acertadamente —dijo.

Jenny se volvió hacia él.

—¿Por qué, Hugo?

—No creo que tu abuelo escondiese el plano en un lugar poco menos que invulnerable. Ciertamente, no debía tenerlo al alcance de todo el mundo, pero tampoco, me parece, tenía por qué esconderlo como si se tratase de un fabuloso tesoro.

—Alguno puede considerar que, en efecto, hay aquí un tesoro —dijo la chica.

—Es probable, aunque esto no importa demasiado ahora. Mi opinión es que tu abuelo tenía el plano al alcance de la mano, en un lugar fácilmente accesible. No estaría a la vista, pero tampoco guardado en un lugar supersecreto.

—Sin embargo, Cates lo vio. Y lo copió.

—Estaba sobre el escritorio, por eso pudo copiarlo Cates. Tu abuelo, sin duda, necesitó una consulta y algo le hizo salir de este gabinete, seguramente con muchas prisas, puesto que quedó encima de la mesa. Entonces, Cates lo vio, casualmente, supongo, y lo copió.

—¿Significa eso que no estaba «muy» escondido?

—No lo creo. Repito: guardado, fuera de la vista, pero no en un escondite secreto.

Jenny extendió los brazos.

—Entonces, el ladrón se lo ha llevado —exclamó.

Ambrose contempló la mesa, cuyos cajones habían vuelto a su sitio. Aquella mesa le recordaba algo, aunque, por el momento, no conseguía localizar el objeto que le traía a la memoria.

Jenny se fijó en su expresión.

—¿Quieres que vaya a buscar un hacha al cobertizo de las herramientas? Es un mueble bueno, pero que no tiene nada de particular; ni siquiera es lo suficientemente viejo como para considerarlo una antigüedad digna de ser conservada. Quédate aquí; iré a por el hacha y... Bruscamente, se oyó un

sordo gruñido. Ambrose volvió la vista hacia *King*, cuyos pelos aparecían erizados. Tenía la boca abierta y gruñía como si presintiese la inminencia de algo hostil.

Casi en el mismo instante, se percibió el ruido del motor de un coche que se detenía ante la casa.

* * *

Ambrose corrió hacia la ventana. El coche era grande, negro, y estaba ocupado por cuatro individuos, que desembarcaron apenas se hubo detenido.

— ¿Quiénes son esos tipos? —exclamó.

—No lo sé, no los he visto en los días de mi vida —respondió Jenny.

Uno de los recién llegados miró hacia arriba y Ambrose se apresuró a retirarse de la ventana.

—No me gustan esos tipos —dijo.

—Si suben aquí, podemos vernos en un serio aprieto —opinó ella. El perro continuaba gruñendo. Ambrose le acarició la cabeza.

—*King*, silencio —dijo—. No hagas ruido... Jenny, sujétalo. Procura que no ladre —rogó.

Ella se acuclilló junto al animal, y abrazándole, sujetó su hocico con las dos manos, mientras murmuraba palabras tranquilizadoras, a fin de evitar que la bestia se excitase demasiado. Ambrose fue hacia la puerta y abrió una rendija.

En la planta baja sonaban voces un tanto estridentes:

—Jim, tú por la derecha. Busca bien y no te dejes siquiera una baldosa por registrar. Brick, al primer piso, con Rogg, uno por cada lado. Yo me quedaré en la planta baja. El primero que encuentre algo interesante, que dé un grito y los demás acudiremos en el acto.

¿Entendido?

Ambrose oyó tres respuestas simultáneamente afirmativas. La voz que había oído era la de un hombre acostumbrado a mandar. Los otros se habían limitado a asentir con breves monosílabos.

Pronto se oyeron pisadas en la escalera. Ambrose cerró la puerta y miró a su alrededor.

—No tardarán en llegar aquí —susurró. Jenny, aún acuclillada, le miró inquisitivamente. Ambrose exploró la estancia con la vista. De pronto, señaló con la mano.

—Allí —indicó—. Procura que *King* no haga el menor ruido.

—Sí, Hugo.

Jenny se llevó al perro al otro lado de un diván de cuero. Ambrose se acercó al escritorio y cogió una pluma estilográfica. Los extremos eran planos y, sonriendo, la hizo saltar en la palma de la mano.

Luego se acercó a la puerta, que era de dos hojas, situándose junto a la que se utilizaba normalmente para entrar y salir del escritorio. Jenny asomó los ojos una vez por encima del diván y comprendió las intenciones del joven.

Fuera, se oyó un portazo y ruido de muebles que se movían con cierta violencia. Al cabo de unos minutos, alguien se acercó a la habitación.

Ambrose hizo una señal con la mano izquierda. Jenny se agachó.

El ruido de los pasos cesó. Luego se oyó un leve chirrido del picaporte.

La puerta se abrió poco a poco. El hombre estuvo unos instantes en el umbral y luego dio un par de pasos. Entonces, Ambrose apoyó en su cuello el cabo de la pluma.

—Ni un solo grito o es hombre muerto. ¡Las manos fuera del cuerpo, rápido! —dijo en voz baja, pero penetrante.

El intruso obedeció instantáneamente. Ambrose, truculento, añadió.

—Mi pistola es especial. Hay que tener sujeto el gatillo con el dedo, para que no dispare, así que si ha pensado en golpearme con el codo, no lo haga, porque entonces sí le rompería las vértebras con una bala. ¡Quieto, muchacho, quieto!

El hombre lo estaba. No se atrevía siquiera a respirar. Ambrose tanteó con la mano izquierda y no tardó en tener un revólver de cañón corto. Luego retrocedió un paso.

—Continúa vigente la orden de guardar silencio —dijo—. Ya puede volverse.

El hombre obedeció. Vio la pluma en la mano del joven y emitió un rugido de rabia.

—¡Maldición! —gruñó—. Sólo fue un truco...

El revólver que Ambrose tenía aún en la mano izquierda se elevó instantáneamente y la boca del cañón se apoyó en la frente del sujeto.

—Esto no es un truco —dijo el joven severamente.

CAPÍTULO IX

Guardó la pluma y empujó la puerta con la mano derecha, en la que pronto estuvo el revólver. Luego se encaró con el sujeto.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó.

—No tengo por qué contestarle —dijo el otro de mal talante.

Ambrose hizo una seña con la mano izquierda.

—Jenny, dile quién eres —ordenó—. Dile también que tengo tu autorización para defender tu casa al precio que sea.

La chica se incorporó.

—Es cierto —dijo—. Si el señor Ambrose tiene que disparar contra usted, y lo hará a menos que no quiera hablar, yo declararé a la Policía que ustedes entraron ilegalmente en mi casa y que quisieron atacarnos. De modo que ya puede empezar a responder a las preguntas del señor Ambrose.

—E... está bien —dijo el sujeto—. Miren, yo no sé gran cosa. El jefe es el que lo sabe todo, ¿se enteran?

—Aún tenemos que enterarnos. ¿Quién es el jefe y qué es lo que busca? —preguntó Ambrose.

—Dijo que había mucho oro, pero eso es todo lo que sé. Se llama Ward Corey. Yo... bueno, mi nombre es Bride Larston. Trabajo para Corey, ¿.saben?

—¿Quién le dijo a Corey que aquí había oro?

—Eso tendrían que preguntárselo a él —repuso Larston. Ambrose dudó un momento. Luego miró a la muchacha.

—Jenny, ¿te atreverías a quedarte a solas con este tipo unos momentos?

—Si se mueve, soltaré a *King* —respondió ella.

El perro enseñó los colmillos fieramente. Larston extendió las manos.

—Por favor, el perro no...

—Entonces, quédate aquí y no hagas el menor ruido —ordenó Ambrose —. Ese perro, está entrenado especialmente para morder en la garganta — añadió con venenoso acento.

Abrió la puerta con cuidado y se asomó al corredor. En el primer piso no se percibía el menor ruido. Abajo se oían sonidos de muebles que eran cambiados de lugar, mezclados con algunas interjecciones que indicaban la frustración de los intrusos.

Ambrose llegó al dormitorio principal y, con la mano izquierda, abrió la puerta, a la vez que alzaba el revólver.

—Quieto —dijo—. No se mueva o dispararé.

El otro intruso estaba allí, en pie, junto a la cama, con los ojos muy abiertos, apoyado en una de las gruesas columnas que sostenían el dosel. Parecía muy quieto, apreció el joven.

Súbitamente, el desconocido resbaló lentamente, se sentó primero en el suelo y luego se ladeó hacia su izquierda. Ambrose vio entonces el mango del puñal que sobresalía del centro de la espalda del intruso.

* * *

Durante unos segundos, Ambrose permaneció petrificado, como si su mente se negase a traducir a la realidad las imágenes que captaban sus retinas. Luego, reaccionando, se agachó junio al caído y le puso la mano en la carótida.

El corazón ya no latía. Había salido muy poca sangre. El mismo puñal hacía de tapón para la herida que había causado su muerte instantánea. «Un golpe certero», calificó.

Durante unos momentos, se sintió desconcertado. ¿Qué hacer con aquel cadáver? No le seducía la idea de llamar a la Policía. Interrogatorios, curiosidad de los periodistas...

De pronto, se le ocurrió una idea. Era arriesgado, pero, si salía bien, merecía la pena, se dijo.

Corrió hacia la ventana y exploró la zona que había ante la casa. El coche se había parado casi junto a la esquina Norte, fuera de la vista de la puerta y de las ventanas más próximas. Con un poco de suerte...

Guardó el revólver en un bolsillo, se inclinó sobre el muerto y, tras algunos esfuerzos, consiguió cargárselo a la espalda. Luego se asomó al corredor.

La operación duró un cuarto de hora, debido a las frecuentes paradas que se vio obligado a hacer, para no ser descubierto. Al fin, consiguió regresar al escritorio.

Jenny lanzó un suspiro de alivio al verle.

—Tenía los nervios de punta —exclamó.

—Luego te contaré —dijo él—. Brick, en marcha al piso bajo.

—Sí, señor —contestó Larston mansamente.

El hombre caminó delante de Ambrose. Este le sujetaba por el cuello con la mano izquierda. Con la derecha, hacía que el revólver se apoyase firmemente en la nuca, de su prisionero.

Jenny seguía a continuación, sujetando a *King* por medio de la correa unida al collar, inesperadamente, cuando ya alcanzaban la escalera, *King*, como si se hubiera cansado de guardar silencio durante tanto tiempo, lanzó un penetrante aullido.

* * *

Dos hombres aparecieron corriendo desde dos puertas distintas. Ambrose enseñó el revólver.

—¡Quietos! —ordenó—. Dispararé contra el primero que se mueva.

—¿Quién es usted? —preguntó uno de los intrusos.

Ambrose le miró un instante. Sin duda era el jefe, Ward Corey. Aparentaba unos cuarenta y cinco años y su rostro tenía una expresión de dureza difícil de ver en otras personas.

—Me llamo Ambrose y tengo perfecto derecho a estar en esta casa, lo cual no se puede decir de ustedes —contestó el joven.

—Yo le he dado ese permiso —añadió la chica—. Soy Jenny Miltford, dueña de la casa.

— La nieta de Abner —exclamó Corey.

—Sí, la misma. ¿Qué hacen ustedes aquí?

—Eso no le importa...

—Brick ha mencionado algo sobre cierta cantidad de oro —dijo Ambrose —. ¿Es eso lo que buscan?

—Maldito charlatán —gruñó Corey.

—No se lo reproche. Le amenazamos con soltar al perro. Tiene una habilidad especial para destrozar una garganta de un solo mordisco. ¿Quiere que haga la prueba con usted?

Corey alargó las manos.

—¡Por todos los diablos, no! —suplicó.

—Entonces, diga todo lo que sepa del oro —exigió Jenny.

—Hay cien kilos en alguna parte de esta casa —respondió Corey de mal talante.

—¡Cien kilos! —resopló Ambrose.

—Así es. Oigan, podríamos repartirlo...

—Ni lo sueñe —cortó Jenny, enérgicamente—. Si es cierto que el oro está en la casa, me pertenece a mí, como heredera de Abner Miltford.

—¿Quién se lo dijo a usted, Corey? —preguntó el joven.

—Mi hermano. Murió hace un par de semanas. Él tuvo tratos con el viejo y éste le engañó...

—El engaño sería recíproco —dijo Jenny despectivamente—. Pero yo no tengo nada que ver con las trapacerías de su hermano. Además, ¿por qué ha tardado nada menos que cinco años en venir a buscar ese oro?

Corey lanzó una maldición entre dientes.

—Estuve de... viaje —contestó.

Ambrose adivinó la verdad.

—En alguna cárcel —sonrió.

—¿Y qué? Eso no es cuenta suya... —dijo el sujeto descompuestamente —. Si usted, señorita, es heredera de su abuelo, yo lo soy de mi hermano.

—Yo no tengo nada que ver con lo que pudiera haber hecho mi abuelo y mucho menos su hermano. Lo único que sé es que están ilegalmente en mi casa y que si no se marchan inmediatamente, llamaré a la Policía.

—Corey, usted, seguramente, está en libertad bajo palabra —añadió el joven—. ¿Le gustaría volver a la cárcel, a terminar su condena?

Movió el revólver y ordenó:

—Con cuidado, dejen caer sus armas al suelo o soltaremos al perro.

Dos revólveres chocaron contra la alfombra segundos después. De pronto, el hombre que estaba junto a Corey, lanzó una exclamación:

—¡Ward, falta Rogg!

¿Quién es ése? —preguntó Ambrose.

—Rogg Maldon, un buen amigo —contestó Corey, al que no abandonaba el mal humor un solo instante.

—Entonces, no le aguarden. Ha huido.

—¿Qué? —gritó el otro sujeto.

—Ya lo han oído. Le vi escapar campo a través. Seguramente, se asustó del perro. Pero no se preocupen; creo que lo encontrarán en la carretera, a cosa de una o dos millas de aquí.

Ambrose empujó a Larston y el hampón bajó la escalera. Luego, tres abatidos sujetos salieron de la casa, subieron al coche y se marcharon sin más

protestas.

Entonces, Ambrose exhaló un largo suspiro y dijo:

—Me pregunto qué dirán cuando se encuentren el cadáver de Maldon en el maletero del coche.

Jenny se sentía estupefacta.

—De modo que lo mataron en la alcoba de mi abuelo —dijo, cuando Ambrose hubo explicado lo sucedido.

—Así es. Alguien lo apuñaló por la espalda. Se cayó al suelo delante de mis narices y yo pensé que no era cosa de llamar a la Policía y organizar un nuevo escándalo. Conque me eché el cadáver a la espalda y, procurando no ser visto, lo llevé al maletero de su coche.

—¡Ellos sí llamarán a la Policía, Hugo! —chilló Jenny.

—Ni lo pienses. Corey está en libertad bajo palabra. No tiene ganas de volver a la cárcel para cinco o tal vez más años. En cuanto pueda, se deshará del cadáver de su compinche.

—Me siento aterrada —confesó la chica—. Hay un asesino en la casa.

—Si —dijo Ambrose.

Acarició la cabeza del perro.

—Pero tenemos a *King*. Y yo tengo esto —enseñó el revólver—. Además, contamos con otras dos armas.

Recogió las armas caídas en el suelo y se las metió en el cinturón.

—Parezco un viejo pistolero —gruñó.

—Hugo, ¿qué vamos a hacer ahora? —exclamó Jenny, muy nerviosa.

Ambrose meditó unos segundos. *King*, todavía sujeto por la correa, le miraba a la vez que agitaba la cola suavemente.

De pronto, tuvo una inspiración.

—¡Jenny! ¡Suéltalo!

—¿Qué? —se extrañó la chica.

—Haz lo que te digo —insistió él.

—Muy bien...

Jenny liberó al perro y éste echó a correr inmediatamente hacia el piso superior, ladrando desaforadamente. Ambrose y la joven lo siguieron hasta el dormitorio principal.

Desde la puerta, vieron al perro que gruñía mientras escarbaba con las

patas delanteras.

Jenny se irritó.

—¡Me va a destrozar la alfombra!

Ambrose sonrió ante la típica reacción femenina. Acercándose al animal, lo apartó a un lado, levantó la alfombra y dejó la trampilla al descubierto.

Los ladridos de *King* arreciaron. Al joven le costó mucho hacerle callar. Luego, intentó levantar la trampilla, pero como en la ocasión anterior, le resultó imposible.

Una vez convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, hizo una señal con la mano y se llevó a la muchacha fuera de! dormitorio.

—Tendremos que volver en otro momento —murmuró—. Buscaré una palanqueta, destornillador para las bisagras... en fin, herramientas para poder forzar esa trampilla.

—Puedes encontrarte con alguien allá abajo —opinó ella.

Ambrose pensó por un instante en Syphartix. Aquel sujeto tenía un sentido muy peculiar del humor, se dijo.

—Estaré prevenido —contestó—. Pero antes de forzar la trampilla, me gustaría encontrar el plano de los pasadizos.

Ella extendió las manos, en un claro gesto de impotencia.

—Estoy segura de que ha desaparecido, Hugo.

—En tal caso, recurriremos al procedimiento del hilo para marcar el camino de vuelta. Pero ahora conviene que nos marchemos; a fin de cuentas, yo también tengo mis ocupaciones y no las puedo descuidar indefinidamente.

—Es cierto —convino Jenny—. Hugo, ¿qué encontraremos allá abajo?

—Ya has oído a Corey: cien kilos de oro.

—Parece un sueño...

—Una suma fabulosa, si resulta ser cierto. Hoy día, la onza de oro está, aproximadamente, a seiscientos dólares.

—¿Cuántas onzas hay en cien kilos?

—En cifras redondas, tres mil quinientas.

—¿Cuyo importe total es de...?

—Algo más de dos millones cien mil dólares.

Jenny dio media vuelta y se dejó caer de espaldas.

—Sujétame, que me caigo —exclamó. Ambrose se echó a reír.

—Esa cifra no debiera asustar a una chica millonaria —dijo.

—No soy tan rica como parece, aunque es cierto que heredé una buena suma en total, y percibo las rentas de todos los bienes, valores, acciones y demás.

—Vamos, que tienes lo que se dice un buen pasar —dijo él, con los hombros de Jenny en su pecho y sus manos en la cintura de la chica.

—No puedo quejarme. Pero cien kilos de oro...

—Volvamos —propuso él—. Mañana continuaremos la búsqueda y, espero, acabaremos por encontrar el plano.

CAPÍTULO X

La noche transcurrió sin incidentes. Por la mañana, sin embargo, *King* empezó a gruñir.

Ambrose fue a la ventana. Desde allí vio a un sujeto que parecía indeciso. El rostro del hombre se le antojó conocido, aunque, por el momento, no podía identificarlo plenamente, debido a la distancia.

De pronto, el hombre se acercó a la casa. Ambrose fue a la puerta y esperó la llamada. Entonces abrió de golpe.

—Hola, Mel —saludó. Comstock respingó.

—¡Profesor!

—Yo mismo —sonrió Ambrose—. ¿No quiere pasar

No, gracias. A decir verdad, si llego a saber que usted vivía aquí, no me habría acercado siquiera.

—Me lo imagino. Pero está perdido y quiere saber el camino que conduce a Shepperd Hall. Podría llegar por otra parte más fácil, pero no quiere ser visto. ¿Me equivoco?

—Maldita sea, ¿tiene rayos X en los ojos, profesor?

Ambrose se echó a reír.

—Pase, Mel —invitó—. Le daré una copa, aunque para mí es muy pronto y me conformaré con café. ¿Sabe?, me alegro de que lo dejaran en libertad.

—Gracias —contestó el sujeto hoscamente—. Yo no maté a Lonnie.

—Estoy seguro de ello. A usted lo golpearon, pero, ¿vio al que le atacó?

—No. Cada vez que pienso en ello, me vuelvo loco. Ni siquiera sentí el menor dolor.

Cuando desperté, Lonnie estaba muerta... y la casa llena de policías.

Ambrose tendió una copa al visitante.

—Los golpes en la cabeza, en muchas ocasiones, producen una especie de pre-amnesia, que alcanza a unos segundos antes de que se produzca el origen del desvanecimiento. Usted ya sólo sintió el dolor cuando despertó.

—Es cierto. Yo estaba hablando con Lonnie y de pronto, me desperté en manos de un médico. No sé absolutamente lo que sucedió. Claro, luego me enteré del brutal asesinato...

—Parece ser que se trata de una venganza, por una muerte cometida

muchos años antes.

Comstock desvió la mirada.

—No tengo nada que decir —contestó.

—Como quiera —dijo el joven sosegadamente—. Yo no puedo obligarle a hablar, aunque... dígame, ¿ha vuelto por el oro?

—¿Qué oro?

—Vamos, vamos, no se haga el ingenuo. Sé lo que hacían ustedes, con el viejo Miltford. En algún sótano de la casa, hay nada menos que cien kilos de ese metal, con un valor muy superior a los dos millones de dólares. Todos lo buscan, ¿no es así?

—Supongamos que sea cierto. Eso no le interesa a usted en absoluto, profesor.

—A mí, no; pero sí a su nieta.

—¿Se refiere a Jenny?

—¿Acaso hay otra nieta?

—No, claro que no... ¡Condenación, nosotros hacíamos todo el trabajo... y en ocasiones algo más que fundir oro! Y él se llevaba la parte del león... Maldito viejo astuto...

—Son cosas que pasan, Mel. ¿De veras no sabe dónde está el oro?

—En la casa, eso es todo.

—Y piensa ir a buscarlo. Comstock le miró desafiante.

—Trate de impedírmelo, profesor —exclamó.

Ambrose le cogió por un brazo y le acompañó hasta la ventana.

—Salga, desvíese a la izquierda, a unos cien pasos, y tire por la vereda que lleva a una hondonada, situada a poco más de media milla. Siga por el fondo de la vaguada, y cuando llegue a un punto donde ésta se bifurca y, al mismo tiempo se ensancha, torne el camino de la derecha. Milla y media más adelante, encontrará Shepperd Hall.

—Parece que no le importa mucho mi decisión, profesor —observó.

—Yo no tengo nada que temer de la persona que asesina con cinco puñales.

—Tampoco yo —Comstock enseñó una enorme pistola—. Puede detener en seco a un búfalo enfurecido.

—Si lo atacan por detrás, de nada le servirá.

—Tengo ojos en la nuca, profesor.

—Seguramente, los llevaba vendados el día que asesinaron a Lonnie —dijo Ambrose cáusticamente—. Ah, una pregunta más, por favor. ¿Qué sabe de los pasadizos que hay bajo la casa?

—Si le dijera que no quiero contestarle, ¿se enfadaría?

—Nunca me enfado cuando ello no puede ser de utilidad para mí.

—Entonces, no le contestaré. ¡Adiós, profesor!

Ambrose permaneció en pie, con la mano apoyada en la cabeza del perro. Se preguntó si había visto a Comstock por última vez.

* * *

Los ladridos de *King* le dijeron que el visitante era persona de confianza. La silueta de Jenny se recortó instantes después contra el fondo claro de la puerta abierta. .

—¿Cómo te sientes hoy, Hugo? Ambrose sonrió.

—Eres una visión reconfortante, el sueño de un viejo solterón...

—No eres viejo, que yo sepa.

—Veintinueve años, bonita.

—Sólo siete más que yo.

—A veces, me parecen otros tantos siglos.

—Vamos, vamos, no seas pesimista. Por el contrario, tienes muchos motivos para sentirte rebosante de optimismo.

—¿De veras?

—Sí. Creo que sé dónde está el plano de los pasadizos.

—¡Magnífico! ¿Cómo lo has averiguado?

—Estuve hablando con Peggy. No sabía nada del plano, pero me dio una indicación que puede resultar muy valiosa. A veces, vio al abuelo esconder papeles en la repisa de la chimenea de su escritorio.

Ambrose trató de hacer memoria. Sí, era posible. La repisa estaba construida de piedra, muy maciza, con algunos grabados en bajorrelieve, que representaban hojas y flores.

—Bien, entonces, vamos para allá —dijo—. De todos modos, si eso fracasa, yo examinaré el escritorio.

—¿Por qué?

—Te lo diré en su momento. ¡*King*!

El perro acudió alegremente. Ambrose buscó la correa, pero no lo ató por el momento.

Después de cerrar, dijo:

—De todos modos, con o sin plano, de hoy no pasa que levante la trampilla como sea.

—Ten cuidado, no vaya a aparecer Syphartix y te eche una bronca de las gordas —rió Jenny.

—Bueno, si luego me da otras veinte monedas de oro... A veces, muchas veces, me he preguntado si Syphartix es algún antiguo miembro de la banda, que se quedó allí escondido.

—Pero son demasiados años viviendo en un subterráneo, ¿no te parece?

—En este mundo, no faltan tipos de hacer las cosas más estrambóticas —contestó ella.

Caminaron a buen paso. El día era magnífico. *King* corría y saltaba delante de ellos. Al cabo de unos momentos, Ambrose mencionó el encuentro con Comstock.

—¡Está allí! —se sorprendió Jenny.

—No tenemos por qué temerle —contestó él.

—Pero encontrará el oro...

—¿Se lo llevará en los bolsillos?

—Hombre, todo no, pero un par de kilos...

—Un par de kilos son poco más de cuarenta mil dólares y no creo que él se conforme con tan poco. Además, vamos a sorprenderle.

—Se habrá marchado ya —dijo ella, pesimista.

—No. Aún lo encontraremos. Y en el supuesto de que no estuviese, aguardaríamos su regreso, porque habría ido a buscar un vehículo que, seguramente, dejó en alguna parte, para así cargar con la mayor cantidad posible de oro.

—Ojalá sea como dices, Hugo —suspiró Jenny.

Poco más tarde, avistaron la casa. Cuando daban la vuelta a la esquina de la fachada, vieron un coche que viraba para detenerse ante la puerta principal.

Ambrose reaccionó rápidamente y se echó hacia atrás, a la vez que extendía el brazo.

—Quieta, Jenny —murmuró.

Asomó la cabeza con grandes precauciones. Jenny se agachó para mirar

también.

Una mujer se apeó del vehículo y, sacando una llave de su bolso, se encaminó con paso firme hacia la puerta. Abrió con toda desenvoltura y desapareció en el interior de la casa.

Jenny se sentía atónita.

—¿Qué hace aquí esa mujer? —preguntó. Ambrose se pellizcó el labio inferior.

—Apuesto a que Harmony Fax también formaba parte de la banda —murmuró.

* * *

Abrió la puerta con todo cuidado y escuchó unos momentos. Dentro de la casa no se percibía el menor sonido.

—¿Dónde pueden estar? —preguntó Jenny.

—¿Por qué no nos ocupamos de nuestros propios problemas?

—El plano.

—Exactamente.

Ambrose hizo que el perro entrase también, aunque sujetándole, por la correa. *King* les avisaría con tiempo de la inminencia de algún peligro.

Alcanzaron el primer piso sin encontrar el menor obstáculo. Momentos después, se hallaban ante la repisa de la chimenea.

Jenny observó los adornos de hojas y flores, éstas de formas regulares, semejantes a margaritas con pocos pétalos. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Hugo, se me está ocurriendo una idea.

—A ver, habla.

—El truco debe de estar en una de las flores. Aprietas el botón central y...

Alargó la mano, pero Ambrose la contuvo en el acto.

—¡No, no toques nada!

Jenny le miró sorprendida.

—¿No es una buena idea, Hugo?

—Sí, pero no en la forma que tú quieres hacerlo.

Ambrose buscó con la vista y encontró un largo puntero en un rincón. Luego se acercó a la chimenea, colocándose a un lado de la boca de fuego.

Jenny y el perro se situaron a sus espaldas. Ambrose fue presionando todos los botones centrales de las flores, con el extremo del puntero, situado oblicuamente con respecto a la repisa. Súbitamente, notó que algo cedía y, en el mismo momento, oyó un fuerte chasquido.

El puntero voló por los aires, arrancado de su mano por una fuerza irresistible. Algo brillante surcó el espacio y fue a clavarse en la pared opuesta, aunque ya relativamente cerca del suelo,

Ambrose contempló sombríamente el ancho y afilado puñal que había brotado de aquel hueco, proyectado por el impulso de un muelle muy potente. Al arma le faltaba la mitad de la empuñadura, cortada adecuadamente para ser colocada en su emplazamiento.

Volvió los ojos hacia Jenny. Ella tenía la cara blanca como la nieve.

—Hubiera podido matarme,..

—Se te habría clavado en el cuello hasta la empuñadura.

Jenny dejó escapar el aire contenido en los pulmones.

—¿Hay algo ahí dentro, Hugo?

Ambrose echó una mirada al hueco.

—Nada —contestó.

—Entonces, Peggy estaba engañada...

—O alguien se llevó antes lo que había en ese hueco. Pero todavía no hemos perdido las esperanzas.

Ambrose fue a la pared opuesta y desclavó el puñal, situado a un metro del suelo. Fue hacia la mesa y empezó a meter la hoja por todas las ranuras e intersticios.

Levantó la tabla de contrachapado que formaba la cubierta de la mesa, pero allí no había nada. Lenta, metódicamente, continuó la tarea de desguace. Más o menos, se dijo, ¿no había hecho algo parecido en sueños?

—El tercer cajón de la derecha.

—¿Cómo, Jenny?

—¿Qué, Hugo?

—Has dicho el tercer cajón de la derecha. ¿Estás segura?

—Yo no he dicho nada —respondió la chica.

Ambrose se volvió, con la estupefacción pintada en el rostro.

—Pues yo juraría que he oído una voz...

—No he despegado los labios desde que empezaste a trabajar en la mesa

—aseguró Jenny.

El joven meneó la cabeza.

—Habrá sido una ilusión de mis sentidos —murmuró—. Estos días, todos nos sentimos un poco nerviosos...

Sacó el tercer cajón. Después de estudiarlo unos momentos, introdujo la hoja en la madera del fondo. De pronto, la madera se abrió y un papel cayó revoloteando al suelo.

—¡El plano! —gritó Jenny con acento de júbilo.

Sonriendo, Ambrose se inclinó y recogió el papel. Cuando se erguía, estalló un horrible alarido en la planta baja.

CAPÍTULO XI

Jenny saltó y se abrazó estrechamente al joven. *King* emitió un lúgubre aullido.

El grito no se repitió. De nuevo se hizo el silencio, denso, ominoso, abrumador, incluso *King* había dejado de aullar y estaba encogido y temeroso.

Ambrose reaccionó.

—Voy a ver —dijo.

—No me dejes sola —exclamó Jenny, llena de pánico.

—Ven, si quieres, pero yo iré delante. Si te ordeno detenerte, lo harás sin rechistar, ¿entendido?

Jenny asintió en silencio. Ambrose dobló el plano y lo guardó en uno de los bolsillos. Luego agarró el trozo de puntero más grueso y lo empuñó con firmeza. Aunque había arrebatado tres pistolas a otros tantos individuos, las había dejado en casa, por estimar que una pistola podía producirle más perjuicios que ventajas.

King se levantó y caminó hacia la puerta. Ambrose enganchó la correa y la sujetó con la mano izquierda. Luego inició el descenso hacia la planta baja.

Todo parecía en orden de nuevo. No se percibía el menor sonido. De pronto, el perro tiró en dirección a una puerta.

—Cuidado —dijo Jenny, temerosamente.

Ambrose avanzó unos cuantos pasos más.

—Jenny, sujeta a *King* —indicó—. Suéltalo si te lo ordeno.

Ella se apoderó de la correa. Tenía que usar las dos manos para sujetar al perro, que no dejaba de gruñir hostilmente.

—Presiente algo —dijo el joven por encima del hombro.

Alargó la mano izquierda y levantó el palo con la otra. Así pudo abrir la puerta de golpe, pero la cerró instantáneamente.

Jenny exhaló un gemido.

King aulló.

—Otro asesinato —murmuró Ambrose, en cuyas retinas se había fijado la imagen de una mujer desnuda y clavada a la pared por cinco cuchillos.

—Esto es espantoso —se lamentó Jenny—. ¿No se van a terminar nunca estos horribles crímenes?

—Parece que la venganza por, la muerte de Rawson debe alcanzar a las cinco personas que lo asesinaron. Pero no sabemos si la venganza ha terminado ya.

—¿Por qué?

—Si contamos a tu abuelo y a Cates, ya han muerto cinco personas. Uno de los dos, esto es seguro, tuvo algo que ver con la muerte de Rawson, el que ellos consideraron traidor a la banda.

—¿Cuál de los dos, Hugo?

—No lo sé. Tu abuelo, parece, murió de enfermedad natural A Cates le clavaron a un árbol. Pero también pudo ser como castigo por haber hablado. No sé, estoy hecho un lío... Simon Wheard tenía el número tres grabado en la mejilla a punta de cuchillo. ¿Es Harmony el número cuatro o el cinco?

Jenny inspiró fuertemente.

—Hugo, en los últimos tiempos parece que me estoy acostumbrando a ciertos espectáculos —dijo—. ¿Te has fijado si a Harmony le han marcado un número en la mejilla?

—En la derecha, me parece que no, pero es que está de perfil, de este lado. En la izquierda... habría que verlo.

—Entonces, abre otra vez.

—Está bien.

Ambrose abrió nuevamente. Jenny gritó:

—¡Es increíble'

El joven lanzó un gruñido

—¿Estamos soñando?

El cadáver acribillado de Harmony había desaparecido. Por un momento, Ambrose pensó que había sufrido una alucinación, pero no tardó en ver grandes manchas de sangre en el suelo. .

—Espera un momento, Jenny.

Sacó el plano y lo desplegó. No tardó en encontrar lo que buscaba.

—Aquí dice: «Puerta número tres. Giratoria. Apertura mediante presión del tercer panel de la izquierda, a contar desde el suelo». Muy detallado, ¿verdad?

—Sí. Abre, abre... —Había impaciencia en la voz de la muchacha.

Ambrose puso la mano en el lugar indicado. Se oyó un chasquido y todo un lienzo de pared, forrado de paneles de oscura madera, giró en el acto.

El cuerpo de Harmony, blanco y rojo, apareció de nuevo a la vista de los dos jóvenes. Ambrose se dio cuenta, sin embargo, de que había una plataforma circular en el suelo, que giraba con el conjunto.

—Ya sé cómo se pasa al otro lado —dijo.

Adelantó la mano, para hacer girar la puerta de nuevo, pero contuvo el gesto.

—Voy a ver si encuentro una linterna —dijo—. Si te encuentras en peligro, suelta a *King*.

Ambrose se marchó y volvió instantes más tarde, con una potente lámpara en la mano. Luego hizo girar la puerta y cuando el sector limpio quedó a la vista, se situó sobre la plataforma que había en la base.

—Pasaré primero. Luego me seguirás tú, después de dos giros, para no entrar con Harmony.

—Sí, es lo mejor —convino la joven.

Unos minutos más tarde, se encontraban en un angosto túnel que parecía hundirse en las profundidades de la casa. Ambrose había encendido la linterna y ya se disponía a romper la marcha, cuando, de pronto, oyó una voz estridente:

—No, no se mueva, hermano. Quédese quieto donde está o le volaré los sesos de un balazo.

* * *

Ambrose hizo una seña y Jenny cerró la boca del perro, acariciándole con dulzura, para calmar su excitación. La voz parecía sonar muy lejos, pero los sonidos que componían las palabras resultaban perfectamente inteligibles.

—Bueno, Rawson —continuó Comstock—. Hemos tardado un montón de años, pero, al fin, nos hemos encontrado, ¿verdad?

—¿Qué quiere usted? —preguntó otro hombre.

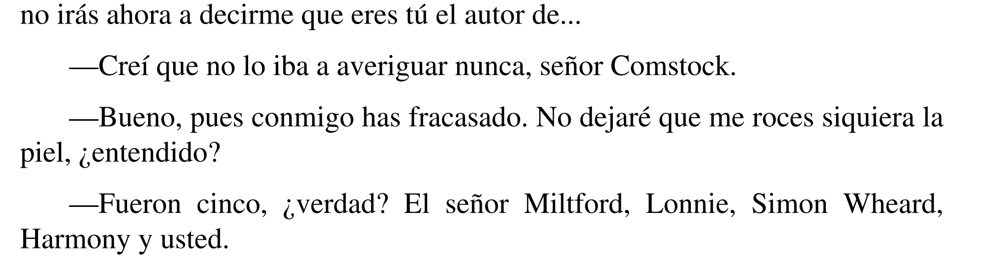
—Lo sabes muy bien. Hay aquí montones de oro. He venido a llevármelo.

—Está perdiendo el tiempo...

—¡No me digas! —Comstock empleaba ahora un tono burlón—. ¿Quieres guardarlo, para darte el placer de venir a verlo a diario? Rawson, tus gustos, si es cierto lo que te digo, me importan un rábano.

—Usted intervino en la muerte de mi hermano, ¿verdad?

—¿Y qué? Él era un cerdo, un asqueroso traidor. Cada uno de nosotros le dimos una puñalada, pero se merecía no cinco, sino cincuenta. Oye, Rawson,



no irás ahora a decirme que eres tú el autor de...

—Creí que no lo iba a averiguar nunca, señor Comstock.

—Bueno, pues conmigo has fracasado. No dejaré que me roces siquiera la piel, ¿entendido?

—Fueron cinco, ¿verdad? El señor Miltford, Lonnie, Simon Wheard, Harmony y usted.

—Sí, ¿y qué? Ed sabía lo que le podía pasar si nos traicionaba. Todos lo sabíamos; era un acuerdo establecido desde el principio. Se convirtió en un traidor y lo enviamos al infierno, eso es todo.

—Usted le acompañará, señor Comstock —dijo Rawson.

—¿Yo? No me hagas reír...

Súbitamente, se oyó un seco golpe, seguido de un gemido de dolor y el ruido de un cuerpo al rodar por el suelo. Rawson emitió una colérica interjección.

—Has tardado demasiado —se quejó—. ¿Dónde te habías metido? Lo de la señora Fax he tenido que hacerlo yo solo...

—Me fue imposible venir antes —contestó una mujer.

Jenny se puso una mano en la boca. Tenía los ojos muy abiertos y miraba al joven con expresión horrorizada.

Ambrose asintió.

—Sí, son ellos —murmuró—. Pero voy a ver si puedo evitar que cometan otro crimen. Quédate aquí y no te muevas.

Echó a correr y se encontró de pronto en otro pasadizo, muy corto, por el que avanzó un par de pasos, antes de ver una grotesca máscara de demonio y unos guantes terminados en largas uñas. Empujó ligeramente la pared y vio que daba a la alacena que la chica había abierto en una ocasión.

Un fuerte jadeo llegó a sus oídos.

—Aquí, no, estúpida...

—¿No podrías usar un lenguaje más comedido? —se quejó la mujer.

—Dispensa, estoy un poco nervioso... Ellos están aquí, ¿sabes?

—Pero no han encontrado el plano. Y la trampa de la chimenea ha fallado.

—Me pregunto dónde pudo haberlo escondido el viejo...

—¿Y qué importa eso ahora? A nosotros no nos hace falta y ellos no podrán entrar jamás en ninguno de los pasadizos. Bueno, ¿acabamos con éste?

Luego nos largamos para siempre; no nos encontrarán jamás.

— Podríamos llevarlo al dormitorio del viejo, ¿no te parece?

—No, mejor al despacho. Cuando vayan allí, les daremos una buena sorpresa.

—Está bien, vamos.

Ambrose reanudó el avance. Los sonidos llegaban un poco distorsionados, pero perfectamente audibles. El constructor de aquella red de túneles, se dijo, había debido de ser un gran experto en técnicas de sonido. El menor susurro podía oírse desde el extremo opuesto de la casa.

—Por aquí, tú —dijo Rawson.

Ambrose se guió por el sonido. No tardó en hallarse ante la entrada de otro pasadizo, que tenía un trazado ascendente. Al fondo, divisó un tenue resplandor, que le permitió ver dos siluetas que tiraban de los brazos de Comstock, quien continuaba inconsciente todavía.

Había apagado ya la linterna por precaución. Sin embargo, el plano indicaba que aquel pasadizo daba al escritorio de Miltford. También tenía otra indicación.

El hombre se enderezó, tocó algún invisible resorte y abrió la puerta secreta. Luego agarró el brazo de Comstock y, ayudado por su cómplice, volvió a arrastrar el cuerpo del sujeto.

Entonces, alguien, al otro lado, exclamó alegremente:

—¡Sorpresa, Rawson, sorpresa!

CAPÍTULO XII

La puerta se había cerrado y Ambrose pudo correr libremente pasadizo arriba, hasta llegar a su final. Entonces divisó una tenue línea de luz, originada por una ranura de medio centímetro escaso practicada en los paneles de madera. Apuró la vista a la abertura y se sintió pasmado al reconocer a Corey.

—Parece que no me esperabas, ¿verdad? —dijo el sujeto—. Tu hermano y yo fuimos íntimos en tiempos. Él fue quien me contó lo de los pasadizos secretos de esta casa. Sí, el buen Ed, harto de hacer de criado por cuatro peniques. Me buscó para pedirme ayuda, pero antes de que pudiera hacer nada, me metieron en «chirona».

—Entonces, por usted le mataron...

—La culpa no fue mía, sino de quienes le pagaban una miseria. Si se hubieran portado mejor con él, no les habría traicionado.

Corey bajó la mirada un poco.

—¿Qué le pasa a ése? —preguntó.

—Le dimos un golpe. Está desvanecido.

—¿Piensas liquidarlo, Rawson?

El aludido se movió un poco. Su rostro entró en el campo visual de Ambrose.

«De modo que el verdadero nombre de Immes es Rawson», pensó el joven.

—Tengo que vengarme de todos los que mataron a Ed—contestó el interpelado hoscamente—. Comstock es el último.

—Bueno, pues, por mí, como si lo fríes y luego lo pones en adobo —dijo Corey riendo—. A fin de cuentas, un competidor menos.

—Competidor, ¿en qué?

—En el oro, pedazo de idiota.

—Ah, es eso lo que busca...

Corey elevó los ojos a lo alto. Entonces, Ambrose pudo ver a los otros dos rufianes, un poco detrás de su jefe.

—No; estoy buscando una receta de cocina, para hacer pan con pasas, imbécil — contestó Corey de mal talante—. Escucha, Rawson, aquí hay cien kilos de oro. Voy a ser generoso y te concederé una cuarta parte y la vida... y silencio sobre lo que has hecho. Pero el resto es para mí, ¿lo

entiendes?

—No se llevará usted ni una onza de ese oro —dijo el que hasta entonces se había hecho llamar Immes—. Ese oro se quedará aquí.

—¿Por qué? —se extrañó Corey.

—No debe salir de esta casa, eso es todo.

—Ah vamos, y cuando tú necesitas algo de «pasta», vienes aquí, llenas un saquito con oro, lo vendes por alguna parte y ¡a vivir! ¿No es eso lo que tratas de decirme?

—Usted no lo comprendería...

—Ni me interesa. Quiero el oro, te cedo la cuarta parte y todo está dicho ya, Rawson.

Métetelo bien en la cabeza, no pienso repetirlo una vez más —contestó Corey violentamente.

—No lo hará, no se llevará el oro —dijo Rawson con terquedad.

Corey se volvió hacia sus dos acompañantes.

—¿Habéis oído, chicos? Este tipejo dice que no nos vamos a llevar el oro. A ver si sabéis cómo piensa impedir que lo hagamos —dijo con burlona entonación.

—Está bien, usted lo ha querido. Puesto que insiste, voy a demostrarle que no podrá llevarse ese oro.

Las últimas palabras de Rawson fueron casi un chillido histérico. De repente, saltó a un lado y golpeó un punto de la pared.

El suelo se abrió instantáneamente bajo los pies de Corey y sus secuaces. Ambrose contempló estupefacto la escena.

Sonaron tres alaridos de terror, que se alejaron rapidísimamente, mezclados con unos ruidos espantosos. Ambrose supuso que aquellos estremecedores sonidos se debían a los choques de los cuerpos contra las paredes de un profundísimo pozo, seguramente llenas de salientes rocosos.

Luego percibió, pero muy atenuado, un triple golpazo prácticamente simultáneo. El horrible viaje de Corey, Larston y Opple había terminado ya.

* * *

Durante unos segundos, Ambrose permaneció como anonadado, incapaz de reaccionar, presa de una sensación de horror infinito por lo ocurrido. Luego, sobreponiéndose a su situación, empezó a pensar en la mejor forma de

salir de aquella casa maldita.

Pero la voz de Rawson volvía a sonar y se sintió impelido a continuar escuchando.

— Bueno, Peggy, todo ha acabado ya —dijo el hombre—. Estos eran los últimos...

—Te equivocas, Hankey. Aún quedan dos y están en la casa.

Ambrose se estremeció.

—Deberíamos conseguir que vinieran aquí —murmuró Rawson.

—No te preocupes, déjalo de mi cuenta —dijo Peggy.

Ambrose no quiso seguir escuchando más y corrió en dirección contraria, hasta alcanzar a la muchacha.

—Van a venir a buscarnos. Quieren deshacerse de nosotros —dijo.

Jenny se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he oído todo. Han asesinado a Corey y a sus compinches. En el escritorio de tu abuelo hay un enorme pozo, con una trampilla que funciona mediante un resorte secreto. Hankey hizo funcionar ese escotillón.

Ella le miró angustiada.

—Hugo, ¿qué podernos hacer? — consultó.

—Déjalo de mi cuenta. Ven, sígueme.

Recorrieron el túnel en sentido inverso y llegaron a la puerta secreta, al otro lado de la cual estaba aún el cadáver de Harmony Fax. Ambrose hizo funcionar el resorte.

—Dejaremos aquí a *King*; no quiero que me cause problemas antes de tiempo — decidió él, cuando ya la puerta empezaba a girar.

El perro gimió al ver que se quedaba en el túnel.

—Pronto volveremos a buscarte —aseguró el joven, acariciándole la cabeza.

Se asomó al vestíbulo y lo vio desierto. Entonces, tiró de la mano de la muchacha y echó a correr hacia el piso superior. Cuando llegaban al corredor, oyeron la voz de Peggy:

—¡Señorita Jenny! ¿Dónde está? Salga, por favor, tengo que comunicarle algo muy interesante.

Ambrose saltó a un lado y se ocultaron tras la pared. Mientras, cuchicheó algo al oído de la chica. Ella asintió.

Unos segundos después, se asomó y gritó:

—¡Aquí, Peggy!

La mujer apareció en seguida.

—Ah, señorita, tengo algo importante que decirle,..

—Suba, por favor.

Peggy inició la ascensión. La chica retrocedió unos pasos, hasta la puerta más cercana, tras la cual se había ocultado Ambrose. Con aire enteramente natural, sonrió a la antigua sirvienta.

—¿Qué sucede, Peggy?

—Pues verá, señorita,..

El puño de Ambrose surgió inesperadamente y alcanzó a Peggy en el mentón.

—Buen golpe —elogió Jenny, mientras el joven cargaba con el inconsciente cuerpo de Peggy y la introducía en aquel dormitorio.

En un tiempo increíblemente rápido, Peggy quedó atada y amordazada con tiras hechas de sábanas. Luego, Ambrose hizo un gesto con la cabeza.

—Baja al teléfono y llama al sheriff Rance. Dile que es urgente.

—Está bien.

Jenny echó a correr, pero, de pronto, se volvió hacia el joven.

—Por Dios, ten cuidado —aconsejó.

—No temas —respondió él, a la vez que echaba a andar hacia el despacho.

Abrió de golpe. Rawson le miró con hostilidad.

—¿Qué hace aquí, profesor?

—Ustedes nos buscaban. Peggy ha encontrado a la señorita Miltford. Ahora están juntas —sonrió Ambrose.

Comstock seguía inconsciente en el suelo. Eso le había salvado la vida, pensó Ambrose, porque aquella pareja de asesinos no querían que su víctima muriese sin saber qué le sucedía. «Un refinamiento lleno de sadismo», pensó.

—¿Por qué no le dice que suba? —preguntó Rawson.

—Están charlando de sus cosas. Ya sabe, entre mujeres... Hankey, ¿por qué no quiere que se lleven el oro?

—¿Cómo lo sabe? —aulló el sujeto.

—Me lo ha dicho... un diablillo a la oreja. Pero es cierto, ¿no?

—Sí, maldita sea. Además, ese oro es una porquería; los lingotes tienen más metal de baja ley que oro puro.

—¿Era el que usaba Miltford para hacer trampa en sus monedas,

—Sí. Lo mezclaban con plomo, estaño... qué sé yo... En cada moneda, si pesaban veinte gramos, no había ni cinco de oro. Era una verdadera estafa, se lo aseguro.

—Y eso, ¿qué podía importarle a usted, puesto que también disfrutaba de los beneficios obtenidos por ese medio?

—No se vaya a creer... El viejo se llevaba la parte del león y a mí me daba una miseria... Yo lo maté, sí; le tapé la cara con una almohada... Él fue quien decidió la muerte de mi hermano Ed y la forma en que debían ejecutarle por su traición... Juré que algún día me vengaría de los demás... Pero desaparecieron a raíz de la muerte del viejo...

— Y ahora volvieron a dar señales de vida. ¿Por qué, al cabo de cinco años?

—La casa estuvo habitada por los padres de Jenny. No podían venir aquí, mientras viviese gente de un modo continuo. Luego... este hombre, Comstock, empezó a merodear, Corey salió de la cárcel...

—Y las cosas se precipitaron —comprendió el joven—. Pero si usted no quiere que se lleven el oro, no es por avaricia, sino porque teme que, al ser puesto en circulación, se descubra todo y acaben encontrando a los autores de esos horribles asesinatos. ¿No es así, Hankey?

Rawson sonrió espantosamente.

—Es cierto —contestó—. Y usted no podrá repetirlo a nadie.

—He encontrado el plano, Hankey; el mismo plano que usted buscaba tan ávidamente y que usted trató de evitar que llegase a mi poder, incendiando la cabaña de Cates. Debió haber matado a *King*, aunque me supongo que no se atrevió a disparar contra el animal para que no oyeran la detonación. Luego trató de envenenarlo, porque temía que le reconociese...

—¿Y qué? Cates era una basura humana, no merecía vivir. Además, empezaba a hacerme chantaje. Tenía que eliminarlo.

—Sí, haciendo creer que había perecido a manos de un sádico. Aunque, en realidad, usted lo es. Y su esposa, claro.

Los ojos de Rawson brillaron demencialmente. Ambrose se dijo que debía ganar todo el tiempo posible, para permitir la llegada del *sheriff*.

—Quiero hacerle una pregunta, Hankey. ¿Por qué hay tantos pasadizos en la casa? Rawson soltó una risita.

—Fue idea del padre de Abner Miltford. En aquella época no existían los micrófonos que pueden ocultarse en cualquier sitio. El primer Miltford solía recibir a muchos huéspedes y le interesaba escuchar sus conversaciones de negocios, para sacar provecho de ello. El constructor de los túneles lo hizo maravillosamente, con una acústica perfecta. Luego, el conocimiento de los pasadizos pasó a Abner... pero éste ya no quiso o no tuvo tiempo de comunicárselo a su hijo, el padre de la señorita Jenny. Los túneles resultaron muy útiles en aquellos tiempos de la ley seca.

Ambrose pensó, estremecido, en la cantidad de personas que habrían desaparecido sin que jamás se volviera a saber de ellas. Pero Rawson empezó a dar señales de impaciencia.

—¿Por qué no suben las mujeres? —preguntó.

Ambrose decidió ser sincero.

—Peggy no vendrá. Está atada y amordazada. Y Jenny ha llamado al sheriff Rance — contestó.

Rawson le miró con la boca abierta, incrédulo.

—¡No! —gritó salvajemente—. ¡No lo consentiré...!

Se arrojó contra el joven, pero Ambrose era más fuerte y lo rechazó de un puñetazo, que lo lanzó al centro de la estancia, en donde quedó aturdido, aunque todavía consciente.

En aquel momento, Comstock, que recobraba el conocimiento, empezó a ponerse en pie, apoyándose en la pared.

La mano izquierda del sujeto presionó cierto lugar del muro. El suelo se abrió súbitamente.

Rawson lanzó un horripilante chillido al sentirse precipitado en el vacío. Comstock, atónito, quedó en el mismo sitio, sin comprender muy bien lo ocurrido.

El grito de Rawson se apagó súbitamente. Ambrose reaccionó con rapidez y, acercándose a Comstock, le quitó su pistola.

—No se mueva —dijo—. Un representante de la ley llegará muy pronto y usted tendrá que responder de los crímenes que se han cometido aquí.

Jenny apareció en aquel momento.

—¡Hugo!

—Estoy bien, nena. ¿Has avisado a Rance?

—Sí, viene inmediatamente.

Ambrose miró a Comstock y sonrió.

—Es todo lo que necesitábamos —dijo.

* * *

Cuatro cadáveres fueron extraídos del pozo junto con otros restos humanos. Había allí unos saquetes, sin duda arrojados de lo alto, que contenían lingotes de un metal brillante, de los que se incautaron las autoridades.

Comstock y Peggy, abrumados, confesaron de plano. Cierto día, cuando todo el estruendo del suceso se había apagado, Ambrose, solo, volvió a Shepperd Hall y se dirigió al dormitorio principal.

Apartó la alfombra. Casi no sintió extrañeza al ver que la trampilla se levantaba por sí sola.

—Te esperaba —dijo Syphartix.

—¿Eres de veras un demonio?

Ambrose se acuclilló frente a aquel agujero, del que brotaban vapores que apestaban a azufre y pez hirviendo.

—Me instalé en esta casa, a poco de ser construida. Siempre fue un sitio de mucha «pesca».

—Te habrás hartado de «cobrar» piezas.

—¡Uf! Casi he batido un «récord» —contestó Syphartix maliciosamente —. Era como abrir un grifo... Pero ya he acabado mi tarea aquí.

—¿Te marchas?

—De esta casa, para siempre. Pero no faltan lugares donde se puede «pescar» continuamente.

—Una pregunta, Syphartix: ¿Fuiste tú el que cerraba la trampilla por dentro?

—No. Lo hacía una de mis capturas más apreciadas.

—¿Rawson?

—Exacto.

—Pero... si ese pasadizo comunica con... con...

—Ibas a decir con el infierno, ¿verdad? Amigo, todos los pasadizos de esta casa comunican con el infierno, pero pronto los cegarán, llenándolos de tierra.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una decisión que ha tomado la chica y que no puedo por menos de elogiar. Bueno, Hugo, encantado de conocerte y despidámonos para siempre. Tú y yo no volveremos a vernos más. Supongo que ya comprenderás los motivos.

—Sí, desde luego.

—Serás feliz con ella.

—Adiós, Syphartix.

— ¿No podrías despedirte de otra manera? —gruñó Syphartix.

Ambrose se echó a reír, mientras la trampilla se cerraba. La alfombra volvió por sí sola a ocupar su posición normal.

Estuvo mucho rato allí, dudando de la integridad de sus sentidos. ¿Había padecido alucinación?

Cuando se recobró, notó que estaba en la cama. Meneó la cabeza.

—Me he dormido y lo he soñado — murmuró.

Luego abandonó el dormitorio y salió de la casa. Jenny se acercaba, acompañada de *King*, que saltaba alegremente a su alrededor. La chica corrió a su encuentro y se colgó de su cuello.

—Hugo, he tenido una idea... Voy a hacer que rellenen de tierra todos los pasadizos, y el pozo... ¿Te parece bien?

Ambrose pensó en la conversación sostenida con Syphartix.

«Después de todo, puede que realmente haya hablado con el diablo que estaba bajo la alfombra», pensó.

—Me parece estupendo, aunque hay algo que me gustaría saber.

—¿Sí, Hugo?

—¿Cuándo nos casamos?

Ella estampó un fuerte beso en sus labios. Tenía los ojos brillantes de felicidad,

—Cuando tú quieras —respondió.

Meses más tarde, ya casados y con Jenny en estado de buena esperanza, Ambrose quiso salir de dudas y fue a Boston a consultar a un experto en numismática, mostrándole una de las monedas de veinte dólares que le había dado Syphartix.

El experto tardó muy poco en dar su respuesta:

—Es auténtica.

FIN



COLECCION

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Nunca sentirá tan real, tan viva y palpitante la sensación de una auténtica aventura espacial, como leyendo cada semana un título seleccionado para esta colección

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.